LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
RIVERSIDE

DOÑA LEONOR DE CÁCERES Y ACEVEDO

Y

COSAS TENEDES...

D E L M I S M O A U T O R

LA GRAN CIUDAD DE MÉXICO TENUSTITLÁN, PERLA DE LA NUEVA ESPAÑA. (Antología de cronistas.) Agotada.

EJEMPLO. (Novela.)

VIDAS MILAGROSAS. (Narraciones.)

ARTEMIO DE VALLE ARIZPE

DOÑA LEONOR DE CÁCERES Y ACEVEDO Y COSAS TENEDES...

MADRID - MCMXXII

PQ 7297
V26D6

ES PROPIEDAD
DERECHOS RESERVADOS

PARA

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

EL GRANDE

Y

QUERIDO POETA

A. V. A.

DOÑA LEONOR DE CÁCERES Y ACEVEDO

I

VINO en una de las recuas de mulas que hacían la vía de la ciudad de México llevando y trayendo mercaderías, a la verde quietud de estas tierras fáciles, una mujer española que era de muy gentil presencia. Se llamaba la tal doña Leonor de Cáceres y Acevedo, y era como esas que creo que llaman daifas, mozas del partido, gordeñas, suripantas o tusonas, que se dan a la torpeza de la carne haciendo de su cuerpo la más infame finca de su deshonra que venden a dineros. Mujer holgona era esta doña Leonor de Cáceres y

Acevedo, loquesca y revolvedora, que llegó a mucha rotura de vida y exhalaba de sí humos de pestilencia, porque siempre estaba embebida en vicios y en nocivos entretenimientos.

En el monótono encanto de esta villa de Sagredo, quieta y contemplativa, ponía ella constantemente el estallante escándalo de sus ropas y tocados, la inquieta negrura de sus grandes ojos alucinantes y ávidos y la canora perversidad de sus risas, junto con el férvido bullaje de su desatentado vivir. Andaba toda en ansias amorosas en la constante busca de donceles, y al atraerse esas cándidas mocedades llenábales sus inexperiencias de largas caricias no sabidas, despertábales sus adormidos instintos y deseos con la perversa delicia de mil placeres refinados y sabios; pero aunque los mozos íbanse de su lado llenos de inquietudes, atarazados de remordimientos y de temores por el sombrío *más allá*, si la encontraban por la calle la seguían con ojos ansiosos como estrellas, y siempre, siempre tornaban presto

a su lado urgidos por el vigoroso encendimiento juvenil que tenía toda la sabrosa delicia de lo vedado.

En muchas ocasiones iba la bella proxeneta con desenfadada avilantez a la busca de ellos o en su seguimiento, o bien a requerirlos de amores, al mismo recinto de sus propias casas, y como si esas hidalgas mansiones fueran de su feudo, llamaba con grandes aldabonazos, regando luego gozosamente su reir caudaloso en las penumbras del resonante zaguán, con mucho desentono y a carcajadas. Y aunque en muy numerosas casas fué tratada mal por los despectivos y orgullosos amos o por las manos serviles y rudas de los criados, no le importaba ello un ardite y volvía y volvía siempre alegre, deshaciéndose de júbilo, en amorosa inquisición de alguno de los hijos de los nobles señores, para corromperles la candidez de sus ánimos y aquella su antigua y suave ingenuidad.

Era el perenne escándalo de esta villa apacible y candorosa. Vivía sin ningún advertimiento ni seso, muy a rienda suelta y

muy desbocadamente, y tenía vueltos los ojos nada más que a las puertas del gusto. En jamás veíasele, ¡ay!, meter el turbio, el exaltado alboroto de su vida, en la quietud llena de penumbras de las iglesias, para presentarse en la oración delante de Cristo Nuestro Señor, y poner la boca pecadora en su costado, llegándose humilde y rendida a su mesa a comer el su pan, que es vida y es gracia, sino que entraba en ellas sólo a la busca de algún esquivo galán, llena de exaltadas, de urentes apetencias de amor.

Desordenada era para todos los vicios y nada temerosa de Dios. Bien larga en el beber, y a menudo tenía la razón vencida y ocupada del vino, y entonces encendíase su corazón en fierezas y cometía infinitas enormidades, porque era de ancha y rasgada conciencia. Cuando había contrariedades en su ánimo, soltaba reniegos espantables, poniendo lengua en la grandeza de Cristo Nuestro Señor, y respondía con mil palabras de afrenta y baldones. Andaba sin orden ni razón, con el respeto perdido a todas

las leyes, y dando gran suelta a los placeres se desconcertaba en deleites y alargaba la rienda a deshonestidades, pues se le iban siempre los ojos tras sus antojos y el alma tras los ojos.

Sabía disparar con gran tino el arcabuz, ballesteaba palomas, alanceaba toros bravos, y mucho era lo que le placía salir en ruidosas cabalgatas con toda laya de gente cruda y holgazana, a recorrer los verdes y plácidos aledaños de esta villa feliz, e iba a horcajadas en un brioso palafrén con grandísima admiración de todas las gentes, mostrando su buena jineta al regirlo con diestra gracia y bizarría.

Decíase que venía de la mórbida y magnífica corte de la Francia, huyendo de las pesquisas de la justicia, y a este propósito se cuchicheaban historias perversas llenas de perfumes capitosos y veladas de misterio, y en las que bajo sombras de noche fulguraba un puñal y goteaba lenta la espesa sangre de un crimen.

Pronto alhajó en Sagredo, doña Leonor,

una casa ancha y clara, con mucho atuendo de tapices, de alfombras, de cuadros y de muebles. Y a ese su bello retiro sabía atraerse fácilmente a las inexpertas juventudes, llamándolas, como habilidosa que era en prestigios, con la leve gracia de diminutivos amables y afectuosos, y sus palabras ondulaban con mimo al entorno de sus amadores, tenían modulaciones rítmicas y claras, y en las perfumadas penumbras de sus estancias dejaba sobre ellos caricias largas, lentas y suaves, todo lo cual venía a ser un hábil señuelo para atraérselos, atarles la voluntad y sacarles dineros.

¡Qué alboroto tan grande en la pía dulzura de Sagredo! Era un santiguarse continuo, un perenne fluir de jaculatorias ante el horrible desacato de esa vida, pidiendo con fervor al buen Dios que la mudara en muy otra y que presto la trajera a bien.

¿Qué sabían estas pobres vidas de esas otras vidas lujuriantes, perversas y cálidas, rosados frutos de pecado, cuando sólo saben decir de cosas dulces y de cosas ingenuas.

y de cosas devotas, y gustan, en la benigna paz de este pueblo lleno de campanas, el deleite de los callados goces, ignorando, norabuena, las inquietudes y tristezas de la carne?

Vidas mansas, recoletas, calladas y suaves, son éstas que viven casi un extático vivir, pendientes de un tenue ensueño y de un quieto arrobo, sahumado todo por el plácido encanto de este Sagredo verde y feudal. Vidas que se rigen dulcemente por el toque de las campanas. Cuando sonaban éstas su frescura en la opalina diafanidad de la mañana: la misa, el desayuno; luego brotaba el campaneo pleno y sonoro de las doce: el yantar, el descanso; en seguida se expandía la lenta pureza de las campanas entre el oro cálido de la siesta: el espumoso chocolate de la merienda con la fragante y dorada blandura de los bollos monjiles; a media tarde vibraba el alado tintineo inocente y pueril de las esquilas, llamando a la novena o al trisagio, a lo que seguía o el quieto hablar en las frescas y balsámicas penumbras

de los locutorios, o bien la sosegada plática de las tertulias; venía luego el toque de ánimas, que con clara gravedad iba bajando de las torres: la cena, las preces domésticas por los fieles difuntos, el santo rosario, páginas del Año Cristiano o las remotas de la Leyenda Dorada; y, por último, la dilatación lamentosa de la queda que caía con sonoro prestigio en esta paz deleitable y olorosa, en esta dulce rada del bienestar: el dormir apacible, el de sin cuidados y el de buena conciencia, con la extravagancia inocente de sueños candorosos.

¿Cómo estas vidas amables y suaves, enclaustradas en sus sombríos caserones de portadas enfáticas, no habían de tener azoro en los ojos y escándalo y desasosiego en los ánimos al mirar a esa terrible doña Leonor de Cáceres y Acevedo, de tan rota conciencia que andaba toda en ansias vivas tras el pasto de sus sentidos, destruyendo las costumbres, y que hacía gala de acompañarse con la horrura más degradada y licenciosa del pueblo en jaques y pelanduscas, y que

desfloraba sin ningunos escrúpulos y toda risas, la honestidad de todos los mancebos, recuestando la inocencia de sus doncelleces?

II

En una amplia estancia de la casa de esta doña Leonor de Cáceres y Acevedo, apañada con elegante refinamiento, y en cuya fragante frescura se anegaba plácidamente la llama viva del verano, quitando esa somnolencia que con el calor invade cuerpos y espíritus, tal y como si se estuviese asomado a un pozo que subiera desde su entraña ese su aliento refrigerante que pone contento y delicia en la fatiga.

Estaba en ese aposento la dicha doña Leonor, en la galante compañía de don Alonso Martín de Ibarra y de don Lorenzo

Ceinos, ambos inseparables amigos, y tomaban vasos de aloja nevada, que así, con ansia insistente, lo demandaba el calor, en tanto que la dama bebía con despacioso gusto altos cubiletes de vino, y todos tres conversaban de este modo, y así iban sus pláticas:

DON LORENZO

Estáis desabrida, mi doña Leonor, encendiendo con suspiros los aires. Nunca de tal manera os habían mirado estos ojos míos.

DON ALONSO MARTÍN

Tendréis turbio el humor, señora, no porque os acuite el estar falta de dineros, que aunque tenéis en esta casa tantas bocas a pan comer y usáis de regalos con superfluidad, podéis hacer esto aún con mayor anchura, porque el amor del rico minero don Pedro Soto es infrangible, y constantemente os tiene puesto al rasero de doblones las anchas y múltiples cajonerías de ese vargueño.

DOÑA LEONOR

APARENTANDO enojo con un frunce de desdeño en la jugosa fruta de sus labios malignos.

¡Callad, callad, mala lengua! No me causéis disfamia ante el comedido don Alonso con la larga retahila de tus palabras embusteras.

DON LORENZO

SE inclina con mucho acato, con un rendimiento cortesano, poniendo una mano señorialmente en el pecho.

¿Ante mí? ¡No! Yo no puedo sospechar jamás cosa mala ni manchosa de la gran señora doña Leonor de Cáceres y Acevedo...

DOÑA LEONOR

REMPIÁNDOSE con melindroso pulimiento los labios con un pañizuelo de puntas de encaje, después de

haber bebido a todo trago un cubilete de vin de Santa María de las Parras.

Bien hacéis, don Lorenzo, en no pone mácula en quien vive inocente. Pero suspiro no porque haya, no, necesidad alguna, pue aunque tengo un buen pasar, ya estoy he cha a estas estrechuras en que el malditt destino ha puesto mi vida.

DON ALONSO MARTÍN

Pero, ¡doña Leonor! ¿Estrechuras llamái al noble decoro, al atavío y pulida elegancii que os rodea? Sois, a decir verdad, come aquel que encarecía el mal para luego alaba la curación.

DOÑA LEONOR

Detened ya la lengua y dejadme decii por qué es este mi suspirar, que viene, ha béis de saber, mis buenos amigos, porque tengo un afán grande, un a manera de dolor que me ocupa todo el sentido y no me deja estar con sosiego ni gusto.

DON ALONSO MARTÍN

Entonces tenéis mucha razón, porque

Cuando se encuentra allá adentro
el dolor con el sentido,
suspiro es el estallido
que resulta del encuentro.

DOÑA LEONOR

Hoy por hoy dejaos de coplas y sosegad la juguetona locura de vuestro ánimo, y escuchad lo que me acontece, a ver si me aconseja y ayuda vuestro buen discurrir que en otras ocasiones ya de grandes apuros me ha sacado fácilmente.

DON LORENZO

Si es ello de tanta gravedad y cuidado que os acuita y acongoja, descuidad, que os habremos de dar el consejo que habéis menester, si es que se nos alcanza.

DON ALONSO MARTÍN

Y decid ya, señora, que estamos nosotros en un ¡ay! no más de ansia.

DOÑA LEONOR

En días pasados llevaba yo mi fastidio por la orilla del río y entre el esplendor de oro de la tarde; de la blancura trémula de los álamos que lo orillan caían las hojas lentamente, y yo pensaba que eran ellos como las vidas, como nuestras vidas, a las cuales se les van cayendo poco a poco los cariños que las envolvieron fervientes.

DON ALONSO MARTÍN

Pues, ¿sabéis, doña Leonor, que tenéis profundos pesares?

DON LORENZO

Alonso Martín, por Dios, no la interrumpáis, y dejadla que siga diciendo. Continuad, doña Leonor.

DOÑA LEONOR

Miraba con ojos entristecidos y vagos el correr del río, al cual bajaban en el tibio crepúsculo aldeano los árboles de la margen a reflejar sus ramazones untadas de oro bermejo por el ocaso, y ya iban apagando su áureo encendimiento entre las nieblas que se alzaban de las aguas, cuando...

DON ALONSO MARTÍN

Cuando pensasteis, de fijo, que estas aguas de los ríos son también como las vidas, que van a dar a la mar, que es el morir... ¿No es así, señora?

DON LORENZO

Dejad a Manrique con sus versos en la buena paz en que se halla, porque ya doña Leonor se malhumora, y con razón, por la impertinencia de vuestras continuas interrupciones.

DOÑA LEONOR

Miraba yo, ya os lo he dicho, cómo de las aguas quietas se alzaba la blanca lentitud de la niebla, que creía mi ilusión que era el humo que brotó al apagarse en el seno del río la roja brasa del poniente. Sentí en esto un nutrido resonar de cascos por el camino y volví la cabeza y vi que pasó veloz en un negro palafrén enjaezado de rojo, un gallardo doncel que fué para mí como una visión delicada y suntuosa, y él me miró con inocencia y con una gran paz, y parecía que toda la blandura del paisaje estaba caída en el terso mirar de aquellos ojos castos. Pasó rápido en la dorada declinación de la tarde, y mi anhelo lo siguió ferviente hasta mirarlo perderse en la quieta y suavísima dulcedumbre del campo.

DON ALONSO MARTÍN

CON sutil sonrisa irónica, que levanta con gracia su bigote.

Y después de ver esa tan apetitosa gallardía, de seguro seguisteis ya muy tranquila, mirando el correr del agua en busca de comparaciones acertadas con las hojas que caían y el lento alzarse de la niebla... ¿verdad?

DOÑA LEONOR

ANUBLA sus ojos en melancolía, y entre un suspiro mete sus palabras.

¡No os burléis de mi mal!

DON LORENZO

Pero, ¿ese es vuestro mal? ¿Queríais haberos atraído a esa fresca juventud como a todas las de esta villa y no lograsteis vuestro empeño por el recio galope de su caballo?

DON ALONSO MARTÍN

¡Ay!, no paséis por ello, doña Leonor, pena ni cuidado, porque si ahora cruzó veloz ante vuestro ávido deseo, mañana, cuando vaya a pie, acudirá solícito a vuestro manda-

do, y gozaréis ampliamente de él, y andarán a una vuestras voluntades, hasta que lo vengáis a arrojar de vuestra vera con el gusto estragado y ya sacio de su persona y rendimiento.

DOÑA LEONOR

Si hay Dios, ¡que Él os oiga! Pero, ¡ay!, no lo creáis, don Alonso Martín, ese día, por mi mal, no llegará; no, no llegará. . .

DON ALONSO MARTÍN

SOLTANDO la magnífica sonoridad de su risa.

Dejad que me ría y que me ría larga y ampliamente, pues bien barruntaba yo que ese vuestro dolido suspirar era por cosa de muy poca monta. Y ¿quién es ese mozo que tanto y tanto os maravilló la tarde aquella en que mirabais caer las hojas, que con tan buena filosofía y retórica considerabais como los cariños que se desprenden de nuestras vidas? También nosotros fuimos de esas

hojas que vistieron por contado tiempo la rama movediza de vuestro capricho, y caímos como las de los álamos en las aguas del olvido. También él, no os afanéis, decorará en breve con su amor vuestra belleza y también caerá, y dentro de muy poco lo olvidaréis como ahora tenéis puestos en el más negro olvido a tantísimos otros que pusieron grandes ardores en vuestro deseo.

DOÑA LEONOR

No, no lo creáis; por nadie he sentido yo lo que hoy siento por este hermoso desconocido. Es un amor, un grande amor, un amor de gran certeza que tendrá, acordaos, que acabar con mi vida.

DON ALONSO MARTÍN

Así también, de mucho ardimiento y verdad, lo sentíais por mí, ¡dichosos tiempos aquellos!, y por Carlos, y por Juan Alfonso, y por Hernando, y por Lope, y por aquel gran don Tello de Meneses, y por otros y otros muchos; y aún seguiríais ahora con

gran enamoramiento de nosotros si no nos hubiésemos rendido tan de presto a vuestra pasión. ¡Ja, ja, ja! Pero, repito, ya tendréis en breve la rosada suavidad de ese doncel. El tiempo nos lo dirá.

DOÑA LEONOR

¡No, no! Y lo que más me apura y aflige es que no sé quién es. Otra tarde, que siempre en los atardeceres me lo encuentro, venía yo bajo el peso de mis cavilaciones del mesón de la Moncada, al que fuí con el enfadoso de don Pedro Soto a catar el vinillo alegre, dulzarrón y embrocado de un nuevo tonel que acababan de abrir, y ya sola, como digo, venía hacia mi casa, porque harto es lo que me desabre y desplace la compañía del minero ese, porque a más de su estólida rudeza cuentan por ahí, que yo no lo sé, que está tocado del morbo gálico.

DON ALONSO MARTÍN

Pero no sus monedas... que son sonoras lucientes y castizas, y eso... bien lo sabéis...

DOÑA LEONOR

¡Callad! . . . Y al entrar yo por la calle de los Padrones iba lleno mi ánimo, a pesar de mi tristeza, del eterno don, jocundo y mozo del vino, cuando vi que en la esquina estaba radiando la apostura juvenil de ese desconocido triste, frágil y bello, y que tenía toda la noble gracia de un San Jorge adolescente.

Lo vi bien. Grata fué la hartazga que le di a mis pobres ojos con la contemplación larga y callada. Frisa en los cuatro lustros; su cabellera es de un rubio tenue, desvaído, diríase que de un oro convaleciente, que bien armoniza con la ideal palor de su cara, bajo de la cual parece que está la leve presencia de una perenne luz que sutilmente le da su anacarada color. Los labios un poco gruesos, agranados, jugosos, se entreabrían apenas dándome de él una sensación de candor y de infancia, semejando una rosa, tal y como debieron ser aquellas rosas que se abrieron en la primera primavera del mundo. Y sus ojos claros, ojos de paz y

de bien, iluminadamente cándidos, miraban tranquilos con un largo y humedecido mirar de saudade... Y vi su sombra que era azul y fina, y yo pensaba que a favor de ella se abrirían más lindamente las flores y que tendría virtudes benéficas para curar los más graves males, tal y como la de un santo de leyenda.

DON LORENZO

Y ¿le hablasteis? ¿Qué fué lo que os dijo? ¿Acaso os rechazó el muy menguado, doña Leonor?

DON ALONSO MARTÍN

Y si así fué, peor para él, porque no saboreará el otoñal prestigio de vuestra belleza, ni habrá de saber del dulzor trasañejo de los besos que os han acendrado intensamente los años.

DOÑA LEONOR

¡Muy bien, don Alonso Martín, pero que muy bien! Con eso queréis decirme, aun-

que de gentil manera, que ya soy una vieja...

DON ALONSO MARTÍN

PONE la mano abierta sobre el pecho, y hace con mucho donaire una palaciega inclinación.

¡Mía fe que no! Porque yo gusto el poner mi vida bajo el acogimiento de amores otoñales, y ello lo tengo por cosa harto delicada y sutil. Porque las mujeres en el crepúsculo, en el otoño de su vida, son doctoras en amores, muy llenas están de gracia y de sabiduría, y saben poner una tierna solicitud en su querer; sus caricias son más largas, más lentas, y sus besos están edulcorados con exquisitez. Aman con la acrecentada intensidad con que se acaban las llamas. Son, además, un tónico cordial que serena nuestras mocedades, llenándonos el corazón con las balsámicas esencias de su madurez.

DOÑA LEONOR

Me place que ese sea vuestro íntimo parecer. Y dejadme decir ahora cómo lo seguí viendo, viendo con ojos extáticos, temerosamente, sin ser ya dueña de mi voluntad. Realzaba su belleza el buen vestir que llevaba, que era de harto atildamiento y elegancia: calzón y ropilla de faldetas de terciopelo doble, de ese que llaman hoy alto y bajo o de tres pelos, todo de un armonioso color de vino oscuro, adornado con botones de los que se dicen de plata pesada; una valona de flúidos encajes tendía su grácil encarrujamiento por los hombros, y colgaban de su cuello los cincelados eslabones de una cadena de la que pendía un medallón refulgente de pedrerías; sus medias eran de la misma gustosa color de la ropa, pero de más oscura tonalidad, uniéndose al calzón por ancha liga de tafetán con gran roseta y sonantes puntas en los rapacejos, y los zapatos se sujetaban estrechamente al pie con muy pomposos lazos de colonia; el ferreruelo,

gayado de arriba a abajo con almenillas, tenía bien cuajado el cuello, vueltas de raso y flequillo corto por todas las orillas; el sombrero era ancho, de fieltro gris, sin toquilla, pero llevaba un hermoso trencillo de sedas de colores que sujetaba, junto con un joyel de topacios, las luengas y rizadas plumas blancas que caíanle por la espalda en un suntuoso y lucido temblor.

DON LORENZO

Muy buen espacio de tiempo lo miraríais para que se os quedase en la memoria todo su indumento a más de su persona.

DOÑA LEONOR

Sí, lo miré con perspicuidad y delectación. Mis ojos se llenaban temblorosos con su imagen adorable. Veía sus manos, ¡ah, señores, sus manos!, una de ellas iba cubierta con un guante de ámbar de vueltas labradas y guarnecidas de puntillas y sostenía entre ella el otro guante con un muelle abandono de cansancio, y la mano desnuda era una

mano larga, alabastrina, bellamente delicada y refulgente, y su blancor salía con gentil nobleza de la espuma de los encajes de la manga, y en un desmayo de flor abandonada posaba su frágil idealidad en la cazoleta de la espada. En uno de los dedos, bizantinos y pálidos, temblaban entre el áureo cerco de una sortija, las aguas maléficas de un ópalo, que en un perenne encendimiento de oro, parecía un ojo que mirara insistente, extraño, brujo y fatal.

Confieso ahora a vosotros, de todas veras, que la mirada de esa gema — porque me miraba, sí, me miraba de manera alucinante en la diáfana claridad tardecina — conturbó mi ánimo grandemente, pero se limpió con presteza del desasosiego temeroso en que él se metía, cuando alcé el espanto de mis miradas hasta la ingenuidad seráfica de su rostro, recogiendo en la ensoñada claridad de sus ojos azules todo el ferviente arrobo de mi amor.

DON ALONSO MARTÍN

Y ¿por qué no os acercasteis a él haciéndoos topadiza? Ciertamente que ello no sería por temor, que para casos de esta especie sois de gran desembarazo y bien horra de escrúpulos y aprensiones.

DOÑA LEONOR

¿Que por qué no le hablé? Pues a eso iba justamente y con toda presteza, cuando, enhoramala, se atravesó entre nosotros el lucido cortejo de pajes, lacayos, ministriles y escuderos, que conducían en una silla de manos a un señor principal.

DON LORENZO

¿Recordáis, Alonso Martín, que nosotros encontramos ese cortejo? Llevaban ya los pajes encendidas las hachas, iluminando la vía a los lacayos portadores de la silla de manos en la que iba ese Gentilhombre de las Españas con ejercicio de casa y boca, y que no era otro que el que vos visteis, doña

Leonor, y que se llama don Dámaso de Sagramonte y Aragón, y que trajo importantes pliegos del Rey nuestro señor, que Dios guarde, para el señor Virrey, y que ahora se dice, ha venido con otros papeles reservados de Su Excelencia para el señor Corregidor de esta villa, quien le ofrecía en la noche aquella que le miramos, un espléndido sarao en las Casas Consistoriales, para donde dirigía su procerosa marcha cuando se atravesó con su comitiva entre vos y el elegante doncel del que acabáis de mentar ahora sus muchas excelencias.

DOÑA LEONOR

Cuando acabó de pasar el cortejo, ¡maldito sea!, ya el mozo había desaparecido. Lo busqué diligente por todo el contorno y no lo hallé; pero vínome luego el pensar de que tal vez se hubiese agregado al séquito de ese alto señor en prenda de acato, como vi que muchos otros caballeros lo hacían. Rápidamente me fuí en seguimiento de la tal comitiva, y llegué cuando ese noble

personaje se apeaba a las puertas de las Casas Consistoriales, en cuyas jambas apoyaban unos estirados lacayos sus largas varas de plata para dejar libre el paso entre la curiosa multitud que tras de ellas se apiñaba bullente y ansiosa, y vi bien al magnífico y ostentoso señor que fué recibido rendidamente por todo el Ayuntamiento bajo mazas, y después miré entrar a caballeros de alto rango y a damas linajudas; pero no vi, ¡ay de mí!, a ese gallardo doncel por el que tanto pena mi amor.

DON ALONSO MARTÍN

En verdad que no pensara yo jamás que fueseis tan torpe y lerda, pues siendo tan fértil en trazas, triquiñuelas y en toda suerte de artilugios, no sé ni cómo se os pudo escapar ese galán y no habéis tenido mejor suceso con vuestras mañas que yo bien sé son grandes y fecundas.

DOÑA LEONOR

¡Ay! Con él no he podido usar ninguna de las tretas que tengo aparejadas y en gran copia, y que me son infalibles en otras ocasiones.

DON LORENZO

Se me acuerda en este justo instante que dice el Padre Fray Diego Murillo en su *Schola Spiritual:* Que «los niños que andan a caza de mariposas, andan corriendo tras ellas, sudando y cansándose, cayendo aquí y tropezando acullá; y cuando piensan que ya la tienen y arrojan la mano para haber de asirla, se hallan sin ella y sin saber por dónde se les ha escapado».

DOÑA LEONOR

Yo no sé ni alcánzaseme tampoco cómo, siguiendo el símil de vuestro fraile, se escapó de mis manos esa joyante mariposa. Otra vez la encontré, y mirad de qué modo y en qué ocasión.

Pero dejad ya, señores míos, esa aloja que
s bien tomarla en el melindre de los estra-
os de las damiselas y en los de esas viejas,
eatas y engoladas, en que se habla de los
ermones y de los conventos; aquí ahora
abréis de beber en mi compañía algunos
asos de este sabroso vino de Santa María
e las Parras, que a la par que da frescura
l cuerpo, trastorna deliciosamente el seso
pone en el ánima alegría, llenándola de
mable optimismo.

DON ALONSO MARTÍN

Vengan, pues, y en buena hora, señora
oña Leonor, los cubiletes bien llenos de
se vino que tanto alabáis, y que no dudo
e que sea magnífico, pues sé que sois una
atadora sutil y llena de sabiduría.

DON LORENZO

ESPUÉS de beber con agrado su vino, chasquea la lengua con delicia complacida.

Este es un añejo vino aloque que tiene más alma que muchos libros y cada gota de él también puede valer un florín, como lo valía aquél que con tanto encarecimiento laudó el Padre Delgado.

DOÑA LEONOR

Este vino fragante, amable y retozón, enviámelo un querido pariente mío que bien conoce mis buenas aficiones y que es prior iluminado y regalón en un convento de mercedarios, dedicado a adoctrinar indios.

Y sigamos con mi narración. La otra tarde, la del 18 de este mes, había mucho trafagar de gentes, literas, sillas de manos, estufas y forlones, por la calle de las Comendadoras y removíase muy inquieto y ruidoso gentío en la puerta de la iglesia de San Francisco. Me allegué a ella y supe que era allí el cruzamiento del señor don Juan Vasco de Puga.

DON LORENZO

Es verdad, nosotros estuvimos allí, y esa ceremonia fué, como todas las de su clase,

llena de pompa y de suntuoso fausto cortesano.

DOÑA LEONOR

Logré, no sin gran trabajo, penetrar en la iglesia a la sazón de que el señor Villafuerte y Manrique, que hacía de Gran Maestre, daba el espaldarazo al nuevo santiaguista. Miraba yo con complacencia el capítulo de los nobles caballeros que con mucha prestancia se revestían con sus luengos mantos blancos con la roja cruz al pecho, y oí con embeleso que el dicho Gran Maestre preguntaba al señor don Juan Vasco de Puga: «¿Juráis a Dios y a esta santa Cruz que procuraréis la utilidad y bien de la Orden, y que jamás no iréis ni vendréis contra ella, y que siempre estaréis aparejado para redimirle de todo daño y perjuicio?» Entonces oí claro que Vasco de Puga dijo: «¡Sí juro!», y lo vi en seguida arrodillarse con pía humildad, y el pomposo Villafuerte y Manrique tornó a preguntarle con su voz engolada: «¿Juráis de tener, defender y guardar en pú-

blico y en secreto, que la Virgen Santísima, Madre de Dios y Señora nuestra, fué concebida sin mancha de pecado original desde el primer instante de su ser natural?» — «¡Sí juro!» — volvió a contestar inclinándose con mucha reverencia, y con la misma voz decidida y potente. . . , la misma voz con que demandábame imperativo hace meses que lo amara apasionada y desinteresadamente.

DON ALONSO MARTÍN

Id, señora doña Leonor, derechamente al asunto de vuestro cuento, excusando todo vano detalle; ya lo oísteis en boca de Lorenzo, asistimos al cruzamiento y hemos visto eso que ahora relatáis, y también cómo los señores padrinos le calzaron las doradas espuelas y le ciñeron la espada al nuevo caballero, y cómo después vinieron a despojarlo de todo ello; verificado lo cual, Vasco de Puga sentóse en el suelo y escuchó la concisa elegancia de la amonestación que es mandada por las Constituciones de la hidalga Orden, y terminada que fué, se entregó

al prior de los franciscanos, revestido con fúlgida capa pluvial, el real rescripto en el que se ordenaba le fuese dado al señor don Juan Vasco de Puga el hábito de Santiago.

DOÑA LEONOR

Dejad que cuente, aunque bien lo hayáis visto vosotros, que para mí fué espectáculo de mucha novedad. Contemplé cuando el Gran Maestre y el austero fraile franciscano besaron ese pergamino de que habláis, y en señal de respeto y sumiso acato lo pusieron sobre sus cabezas, y ya admiraba yo el ceremonial con que el prior bendecía el manto blanco que iban a poner sobre los hombros del ya dicho y repetido don Juan, cuando mis ojos, en un desviamiento, fueron a dar complacidos a la reja de una de las doradas capillas. Se me llenaron luego de un grande afán y contento, porque descubrí, reclinándose en ella, la gallarda gracia del desconocido mancebo, inmóvil, con los ojos vagos, como metido en un ensueño tranquilo.

Vestía de leonado chamelote de aguas, y todo su rico traje iba bordado con *eses* de sedas multicolores; una gran cadena desparramaba fulgores por su pecho, y de la grácil sutileza de la encarrujada golilla emergía la dulzura pensativa y cándida de aquella cabeza ensoñadora, que con su cabellera de oro leve y toda tendida hacia atrás, parecía de un ideal marfil que fuese dorado por el constante humo de los inciensos litúrgicos, y veía yo, que no era ilusión de mi fantasía, cómo se la circundaba la tranquilidad mística de una lumbre de plata... La exquisitez lilial de su mano apoyábase en la espada que pendía del bordado tahalí, y largamente estaba mirándome desde el encaje de la empuñadura aquel ópalo con el recóndito mirar de un ojo lleno de una fascinación malévola y maldita.

DON ALONSO MARTÍN

Y entonces sí que le hablasteis y os rechazó, y por eso viene todo vuestro suspiroso entristecimiento, ¿no es así?

DOÑA LEONOR

¡No, no! Cuando ya se había alzado del suelo Vasco de Puga y abrazó al señor de Villafuerte y al prior, y cuando iba ya abrazando a los demás caballeros santiaguistas vi que salía de la iglesia el lindo mancebo rubio, y luego me fuí en su seguimiento, y él reparó bien en esto, porque el constante arrobo de sus ojos azules se bajó tiernamente hasta mí, y me miró con lentitud de alto a abajo, con toda aquella suave inocencia que en ellos se clarifica y se remansa. Pero también la piedra de la sortija me vió con reconcentrado encono, con una inquina torva, como si ella fuese celosa guardesa de aquella alma que se asomaba infantil y tranquila por la limpidez de los ojos llenos de paz.

La aglomerada inquietud de la gente no dejábame andar con la soltura y presteza que deseaba mi afanoso anhelo. Ya veía albear a pocos pasos de mí el tierno blancor de su nuca, y hasta percibía la espiritual

blandura de un perfume, que era, de fijo, el que emanaba de su cuerpo virginal. Lo vi salir de la iglesia, y al ponerse el plumoso sombrero, miré que aquella extraña gema que fulgía en su mano, transparentaba el agitado bullir de los oros que se revolvían incesantes en su flexuoso interior como extrañas fosforescencias, y mirábame siempre con encono, y siempre encendida en enfurecimiento.

DON ALONSO MARTÍN

Afiguración sutil y quimera vuestra es el mirar que os enviaba esa piedra, pero cuando le encarceléis la voluntad a ese mozo, que será ello presto a lo que barrunto, le vedaréis que se llegue a vuestro lado con esa sortija fatal, para que ya no haya ningunos temores en vuestro pecho, que ahora aprieta de congoja y de miedo supersticioso.

DOÑA LEONOR

Ya pondré en ejecución todas las cosas que a este propósito llevo pensadas, si lle-

gado fuere el caso de que me adueñe de ese querer.

DON LORENZO

Llegará, yo os lo fío que llegará, y pronto.

DOÑA LEONOR

¡Ay! ¡Que Dios lo permita, para que crea en El! Pero, además, ya tengo ofrecido a San Hermenegildo una mitra bordada con el primer oro que me dé ese bello adolescente, y a la Virgen de Monterroso el primer collar que me compre, y con estas ofertas ya tendrán prisa esas santas imágenes en ayudarme en mi empeño, que dádivas ablandan peñas.

DON LORENZO

Pero, decidnos, ¿por qué no le hablasteis?

DOÑA LEONOR

A eso voy. Caminaba ya cerca de ese gentil desconocido, según os decía, pero al salir yo a la calle no le encontré, dando él

hábil escape a la tenacidad de mi seguimiento. Inquirí, pregunté, y nadie, nadie lo había visto; recorrí acuciosa todo aquel lugar y tampoco lo encontré, no sé ni cómo hubo de desaparecer estando ya a unos cuantos pasos de mí, no pareciéndome sino que lo hubiese sorbido la tierra.

DON ALONSO MARTÍN

¡Como lo haríais vos, si entre la vorágine de vuestros brazos llegara a caer esa infantil e inocente dulzura!

DON LORENZO

Me extraña mucho que habiendo visto yo despaciosamente a todo el elegante señorío que concurrió al cruzamiento de mi buen amigo Vasco de Puga, no viera a ese hermoso y elegante doncel que tanto os acalentura, y que con gran presteza se hurtó a vuestros ojos.

DON ALONSO MARTÍN

Tal vez, doña Leonor, se encontraría en-

tre lo más apretado del gentío y por eso no reparasteis en él.

DOÑA LEONOR

Digo y repito, señores míos, que iba él lánguido y grácil, a muy poco andar de mi ardoroso deseo, cuando, no sé cómo, hizo la del humo, desapareciendo cual leve hoja en la fugacidad de una corriente. Desde entonces, echéme en Dios y en buen hora a pesquisar por él en toda la villa, y nadie hasta hoy ha logrado mirarlo, ni mucho menos decirme su nombre y calidad.

DON LORENZO

Nosotros, ¿verdad, Alonso Martín?, tampoco hemos acertado a encontrar a ese gentil desconocido, y bien sabéis, doña Leonor, que andamos tanto en estrados hidalgos como en mansiones de liviandad.

DOÑA LEONOR

Una cuarta vez lo he encontrado, como siempre, dulce, rosado y suave, en mi cami-

no. Iba yo al juego de trucos que está en la plaza de los Conjurados, y cuyo palabrero dueño, Maese Gildo, como bien sabéis, es fértil en agudezas y donaires, yéndosele siempre la lengua a decir murmuraciones, sabedor de todas las cosas y vidas de Sagredo, de las cuales tiene entera y cabal noticia. Iba a él, os repito, a hacerle promesa de diez peluconas si decíame quién era ese lindo mozo rubio por el que padezco sin linaje de alivio, cuando ¡cátate! que fué saliendo él con noble reposo de la oscuridad del zaguán y ante su repentina aparición se me quedó absorto el ingenio y muy turbado el juicio y, por lo mismo, ni le hablé ni le pablé, y él me miró largamente, hondamente, con aquel su mirar manso, con aquel su mirar blando de niño triste, por el que descubría el corazón vertiendo agrados. . . y luego, ¡ay!, me envolvió en la plácida suavidad de una sonrisa. . .

Subióse presto en un forlón que allí estaba aguardándolo, y cuando este partió, vi que colgaba desmayada por encima de la

portezuela la blanca mano patricia como un delicado y leve floripondio de ilusión; pero la gema, ¡esa gema inquietante!, ¡esa gema bruja y fatal!, me turbó de nuevo con el chispeo maléfico de su mirada. Y el forlón se alejó rápido, poniéndole la distancia a la mano una ideal esfumación que la iba tornando toda indecisa y vaga, deshaciéndola en su albura, hasta que el pesado carruaje se entró veloz por otra calle lejana.

Ya se cierra mi esperanza de tener al lado mío a esa florida juventud. Por eso es, mis buenos amigos, mi desabrimiento y mi pena..., por eso es...

DON LORENZO

Por todo lo que habéis dicho, es grande la entrada que se le ha abierto al deseo en vuestro corazón, apeteciendo desordenadamente esa jugosa juventud.

DOÑA LEONOR

Maese Gildo, el de los trucos, que conoce bien a todos los moradores de esta villa,

por cuyas casas echa sin descanso a pasear la lengua, sin dejarles secretos de rincones que no les ponga en la plaza, me dijo no conocer a ese garrido mancebo, ni haberlo visto en jamás entrar en el alborozo del juego, y que no acertaba a explicarse cómo lo llegué yo a ver salir de allí, a no ser que ello hubiese sido una hermosa afiguración mía.

DON ALONSO MARTÍN

Ya os lo toparéis por ahí el día menos pensado; entre tanto, venga más de ese que llamáis vino aloque, que sutilmente alegra y refresca cuerpo y espíritu.

DOÑA LEONOR

¡Ay, amigos míos!, ¿pero no les mueve a pena este mal de amores que me acongoja y me consume, siendo vosotros tan de mi afición y de mi amistad?

DON ALONSO MARTÍN

¿Cómo que no, doña Leonor? ¡Y mucho! ¡Vaya que sí! Pues, ¿cómo no lamentar y

con grandes lágrimas el que no corrompáis esa laica belleza de San Sebastián niño, si ello es muy meritorio, doña Leonor? Y merece cálidas loanzas ese vuestro gran servicio, y no sé, ni me llego a explicar tampoco, cómo hasta ahora no os han recompensado ampliamente con mercedes y dádivas todos los familiares de los que nos habéis atraído a vuestros brazos, envenenando el sagrario de nuestras conciencias, y no os han señalado con eternas memorias de honor los muy cumplidos servicios vuestros en todos los principales mozos de la villa. ¡Si hasta por ello el Rey nuestro señor debería daros una encomienda y el Nuncio enviaros una bendición especial!

DOÑA LEONOR

No hagáis burla de donaire con estas cosas dolorosas que me suceden. Largas sombras de pesar se han metido en mi vida, y todo me lo ennegrecen y me lo vuelven triste. ¡Ay!, cuán lejos estoy de esa fragante y cálida juventud que tanto me acalentura...

DON ALONSO MARTÍN

No os aflijáis, señora; que muy pronto veréis arder a vuestro lado con incendios de amor esos suaves ojos azules; vuestra magra maestra, la entrometida y sabia Celestina, ha aconsejado diciendo: «No te retraigas ni te amargues, que la natura huye lo triste»; y también: «A tuerto o a derecho, muestra casa hasta el techo.» Así es que echad prontamente fuera de vuestro ánimo esas melancolías, y haced lo que dice la gran Celestina, y consagraos toda entera a cultivar el amor de don Pedro Soto, y poned con alegría vuestras artes para que entre vuestros brazos caiga muy en breve ese bello adolescente.

DOÑA LEONOR

¡Ay!, don Alonso Martín, no le pidáis contentos a mi alma hasta que sea mío ese mancebo blondo y triste. Bebed de mi vino todo el que os demande el deseo, y luego decidme si es menester que yo..., pero

¡callad!, ¡callad!, que ya grandes aldabonazos se oyen a mi puerta.

Y sale veloz doña Leonor al balcón, e inclínase por encima de la ancha balaustrada de piedra para ver quién era el que tan reciamente llamaba en el portón, y deja caer entre el fresco sosiego de la tarde dorada de sol, el cantarino mimo de sus palabras que suavízanse con el fingimiento de muelles y amorosas blanduras.

Ya voy a abrirte, mi bien, ya voy. Pero dime, ¿por qué tardaste tanto ahora? Toda la tarde, mi amado don Pedro, he estado con el pensamiento puesto solamente en ti, tramando en el tedio de estas largas horas de espera un encaje que labro y que te daré presto, para puntas de una rica valona. . .

Y subía de la calle una voz bronca atascada de vulgaridad:

Abreme y mira qué te traigo en este pañuelo. Son manzanas y rosquillas de las de mi pueblo.

DOÑA LEONOR

Corro yo misma a quitar los cerrojos y a probar desde luego y en tu misma mano, mimosa y buena, la delicada suculencia de esas cosas que tanto me placen y que te has dignado traer y que Dios te pague con largueza. Espera, que ya bajo con toda prisa, con la prisa que me demanda el urgido deseo que tengo de abrazarte.

Entra la desenvuelta tusona a la estancia con rostro torcido, que con esta ocasión creció en desplacer, y con la voz caída en enojo, agregó:

Excusadme, amigos míos, el que os tenga que decir, muy a mi pesar, que os marchéis, porque ya está allí, como habéis oído, Pedro Soto, que por lo necio y zafiote no es

para en cámara. Y esas rosquillas y manzanas que dice me trae, estoy por tirárselas, según es mi humor, por los mismos hocicos, que no quiero ni ver la gran vulgaridad de esos presentes aldeanos.

DON ALONSO MARTÍN

No haréis eso, no, que tras esas perfumadas e inocentes cosas de aldea y de la rudeza hedionda de sus caricias, están refulgiendo límpidamente sus peluconas, que son muy castizas y de los mejores quilates.

DOÑA LEONOR

Idos, amigos, idos. Pero no por ahí, sino por ese otro pasillo que derechamente os llevará al patio de las cocheras, y saldréis a la calle por la puertecilla verde, porque si ese celoso mentecato llegare a sospechar que aquí estabais vosotros, vendría a caer, con su romo seso, en mil perplejidades y dudas, enredándose en enfadosos pensamientos, pues él no sabe de un honrado visitar ni comprende que conmigo pueda

haber jamás tranquilas pláticas de amistad. ¡Buenas noches, señores míos!

DON LORENZO

¡Buenas noches, doña Leonor.

DON ALONSO MARTÍN

Hago votos porque pronto y de esta rápida manera tengamos que salir al escuchar las impacientes aldabadas con que ha de llamar la juvenil inexperiencia de ese apuesto mozo por quien ahora padece grandes ansias vuestro corazón.

TODOS tres salieron con rapidez del aposento. Y a poco se oyó cariciosa y lenta la dulzura de las palabras de doña Leonor, que ondulaban todas juguetonas y claras en la anchura del viejo patio y bajo los cipreses:

¡Cómo has tardado, mi buen don Pedro! ¡Cómo has tardado, amor... y yo, en gran soledad, con ansias de tu persona! ¡Cuánto he pensado en ti!

III

DOÑA Leonor de Cáceres y Acevedo andaba con ansia viva tras el pasto de sus sentidos, buscando afanosa, lengua para que la informara de la blonda inocencia de ese efebo cuya hermosura apetecía tan desordenadamente; pero por más presteza que ponía y que acrecentaba a diario, nadie dábale de él ninguna noticia en sus indagaciones constantes.

Nadie había visto en Sagredo la ponderada suavidad de esa belleza inocente, ni aun las gentes que como Maese Gildo, el de los

trucos, eran grandes aparadores de novedades. Y seguía doña Leonor toda desvelada y sin tino, haciendo amplias promesas de albricias y de galas al que le dijera dónde vivía y cómo se llamaba ese mancebo bello y rubio al que tendíase el incesante encendimiento de sus apetitos.

Estaba de contino abrasada con estos deseos y con estas ansias. El celo no la dejaba parar de día ni dormir de noche; las distracciones que se procuraba no la hacían descaecer de su fervor, y no hallaba en ningún sitio remedio eficaz para calmar las ardentías de su enfermedad y, por ende, no moderaba nada su desabrimiento, que sólo entretenía con el fácil halago de la esperanza con la cual sustentaba sus horas.

Pensaba no obtener nunca jamás el logro de sus intentos, y creía que nadie en la villa había topado con ese desconocido, porque tal vez cuando ella lo vió en aquel carruaje ya hacía jornada y mudanza de estas tierras; pero a las garitas a donde fué en inquisición de tales noticias, le manifestaron no haber

visto salir ese forlón que ella mentaba con tanta copia de detalles.

No dábase ningún día sosiego en sus indagatorias; su amor, o lo que fuese, no se calmaba un punto; pero una noche en que andaba ruando, cercada de congoja y con el corazón cubierto de quebrantos, y estando ya muy fuera de juicio por el desabrimiento de su esperanza, entróse por la tortuosa estrechez de una calleja solitaria; sus pasos se hacían blandos por la hierba menuda que afelpaba las piedras, e iría ya a los promedios, cuando un ¡ah! maravillado y lento brotó de sus labios, porque hallóse sin saber cómo frente a frente del blondo garzón en el que estaban fincadas las delicias de sus ensoñaciones de lenona.

Y ya no anduvo tarda, temiendo un nuevo escabullo, sino que, lozana y halagüeña, cogió la nitidez y sedosidad de una mano del doncel, y éste se la abandonó placiente y solícito, en tanto que miraba largamente a doña Leonor con la ilusionada castidad de sus grandes ojos suaves, azules y cándidos,

y sin atajarle ya la sorpresa las palabras, le dijo:

Señor, ¿por qué os esquiváis de mí?

EL DESCONOCIDO

CON voz melódica de ritmo ondeante, llena de transparencias argentinas, voz que tenía disuelto un delicado perfume en cuyas sutilezas envolvíanse gentilmente las palabras.

Señora, vos sois la que me lleváis prendida la voluntad en las negras lumbres de vuestros ojos.

DOÑA LEONOR

¿Yo, señor? No sabéis, dulce niño mío, lo que os he buscado, y siempre en vano, y lo que mi alma, llena de congojas, lleva sufrido por vuestros desvíos. Y ¿no haréis ahora decidme, otra súbita desaparición?

EL DESCONOCIDO

Yo, doña Leonor...

DOÑA LEONOR

INTERRUMPIÉNDOLE con grandísimo alborozo.

Pero, ¿sabéis mi nombre? ... En vuestros labios, ese doña Leonor me suena a cosa nueva y de mucha perfección. Tiene una sonoridad deleitosa, un grácil ritmo de caricia. Es como algo embalsamado y sutil que me goteara sobre el corazón... ¡Doña Leonor! ...

EL DESCONOCIDO

Ha tiempo que sabía vuestro nombre y que os conocía, pues ¿a quién sois extraña en esta villa? Pero, ¿qué queréis ahora de mí? Aquí estoy humilde a vuestros mandatos y bien dispuesto a acatarlos con todo placer y rendimiento, para no dilatar más el término de vuestro deseo.

DOÑA LEONOR

¿Seríais servido de venir a mi casa?

EL DESCONOCIDO

¿Por qué no? ¡Si no anhelo otra cosa! Pero, si os place, vamos a la mía que está a poco andar de aquí ¿Queréis?

DOÑA LEONOR

¡Quiero, sí, mozo gentil! Y decidme ahora, ¿cómo os llamáis?

EL DESCONOCIDO

¿Mi nombre?, ¿para qué? . . . Llamadme Felipe Próspero.

DOÑA LEONOR

¡Felipe Próspero! . . . Tenéis un claro nombre de infante.

Y caminaron. E íbanse diciendo halagos. Ella, con el corazón en gran deleite, parecía que se le arrancaba

de su lugar con los mil júbilos de contento que lo llenaban, e iba mirando de hito en hito, toda ocupada por el gozo, la fina gallardía del doncel que tenía aposturas llenas de nobleza y de elegante gracia patricia, alindado y embellecido en más por la rica magnificencia de su traje gris.

Llegaron a la casa, que era ancha y fornidamente maciza. Estaba abierto el ferrado postigo. Entraron. La fuente, en el amplio patio y entre una florida confusión de rosales, tenía un canto secular y sencillo, parecía decir una historia milenaria, llena de fragancias de conseja, y su son se derramaba plácidamente en el silencio perfumado todo por la agonía de las rosas.

Penetraron luego en el salón, y mucho y gratamente se sorprendió doña Leonor al verlo colgado con tal suntuosidad. Estaba bajo el claror apacible que bajaba de las bujías de las cornucopias y de las altas y olorosas del candil, y anublado sutilmente por el humo exquisito de los pebetes que como sutil cosa quemábanse en braserillos

de plata, y desde los cuales expandían su perfumada suavidad, que daba al olfato delicadísima recreación.

DOÑA LEONOR

¡Qué magnífico es el decoro de vuestra casa! Y ¿sois aquí, Felipe Próspero, el solo habitador?

EL DESCONOCIDO

Por ahora sí, porque mis familiares andan en largas andanzas por las lejanas tierras de la yerma provincia de Texas visitando nuestras posesiones. Yo vivo aquí desde ha poco con mi ayo y mis criados, pero todos ya duermen una hora ha, pues son viejos y andan cansados.

Pero, decidme, doña Leonor, ¿queréis sentaros a mi mesa y tomar algún refrigerio en mi compañía? Si aceptáis me honraréis mucho.

La mesa, en el mismo salón, estaba bien prevenida de toda suerte de viandas exquisitas, aromosas y de muy buen ver, que incitaban a gustarlas con lentitud complacida, con sabroso paladeo y entre pláticas de amenidad. Los candelabros erguían allí la elegancia de su traza dejando caer los apacibles temblores de sus luces; las rosas se derramaban en profusión por el bordado mantel; la vajilla era de mucha riqueza y suntuosidad, timbrada con ricas armas y llena de vívidas refulgencias; el cristal de los vasos y copas florecía dando la policroma esplendidez de sus flores de luz, y todo ello hablaba de la calidad hidalga y del mucho regalo de la casa.

Los vinos corrieron desde luego abundosos, y el conversar fué fácil y lleno de acercamientos. El reir de la dama era un perenne surtidor de claras frescuras, y en los ojos del mancebo, remansos de paz serena y profunda, había ya la sagacidad de un brillo

decidido, y sus dedos, lentos y vagos, ya andaban en largas y despaciosas caricias, o por el rostro, o bien por los brazos cálidos de doña Leonor, toda en encendimiento de vida plena y feliz.

DOÑA LEONOR

Felipe Próspero, quítate ya esa sortija que me inquieta y que durante toda la noche me ha clavado la intensidad de su mirar sonámbulo... ¡quítatela, amor mío! ...

EL DESCONOCIDO

ALARGANDO la mano a la elegante daifa, que la tomó ávida entre las suyas, donde desfalleció con dulce languidez.

Quítamela tú, doña Leonor...

DOÑA LEONOR

¡Ay! ¿Por qué esa tan grande frialdad tuya? Pareces de nieve. Cuando paseas tu

mano, portadora de caricias, por mi cara, siento una sutil sensación de cierzo, como si un aire agudo atravesara por mi faz; tu rostro, también, es de una frialdad de mármol, parece que mis labios tocan...

EL DESCONOCIDO

¿Qué? La losa de un sepulcro, ¿verdad?

DOÑA LEONOR

¡Ay! ¡Calla, calla! Que no se te ponga fúnebre el humor. Pero yo sabré entibiar delicadamente tus manos y a todo tu... ¡Ay!, me da horror quitarte esa sortija... ¡mírala!... por entre mis dedos que tienen prisionera a tu mano, ella saca el encono de su mirada bruja... tú mismo quítatela, Felipe Próspero...

EL DESCONOCIDO

Bueno, yo lo haré porque no tengas más temores...

DOÑA LEONOR

¡Qué frialdad la tuya tan intensa y tan penetrante! ¿Por qué?

EL DESCONOCIDO

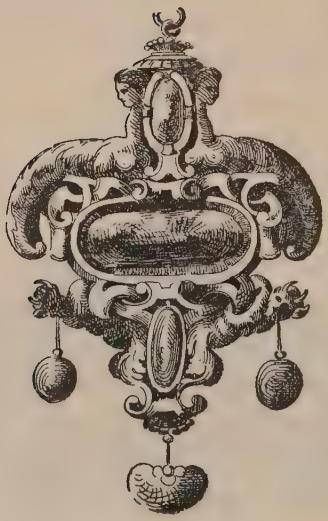
No lo sé, pero presto hallaré en ti todo ese calor que he menester... ¿Quieres venir? Mira, las luces ya se apagan...

Y al decir esto el gallardo desconocido, que había dicho llamarse Felipe Próspero, veía a doña Leonor hondamente con la serena intensidad de su mirada límpida y astral, y sus ojos azules se tornaban más suaves, más inocentes, más húmedos, con toda la gracia tímida de una flor franciscana...

DOÑA LEONOR

Sí, vamos... ¡Por fin has llegado, instante feliz de mi vida! Felipe Próspero, ¡qué hermoso eres! Bésame...

LA fuente, en el viejo patio, seguia diciendo su apasionada querella entre la noche, llena toda de un temblor de estrellas y del sutil desvanecimiento de las rosas.



IV

Y A era como la hora del mediodía, pródiga del oro del sol, que hierve inquieto y galán, dueño absoluto de la vetustez de la calleja solitaria. Y entre esta quietud y entre este sol benigno y paternal, se volcó el gozoso reir de doña Leonor de Cáceres y Acevedo al encontrarse con los inseparables amigos don Lorenzo Ceinos y don Alonso Martín de Ibarra.

El mucho contento que traía en su alma la lujosa suripanta, diríase que saltaba también en juguetonas chispas en la filigranada

cresteria de su peineta de carey, y hacía abrir más espléndida la suntuosa floración de su tápalo chino, que casi cubría con su amplitud el ampuloso tontillo de damasco de un verde veronés, que igualmente llevaba un crujir de gozo que iba rimando con la firmeza del acelerado taconeo de sus altos chapines.

DOÑA LEONOR

CON el rostro sonroseado por la risa que fresca y cantarina brotaba de sus labios, mientras que por sus ojos se asomaba una lumbre de triunfo.

¡Tengan buen día, señores!

DON ALONSO MARTÍN

Que también harto bueno sea para vos, doña Leonor. Y ¿por qué ahora os encontramos tan contenta?

DON LORENZO

¿Es acaso porque ya recatasteis de triste-

za el corazón, poniendo, norabuena, en hondo olvido aquel amor y aquel desear?

DOÑA LEONOR

El amor, ese gran amor es el que me saca placer y risa del alma. Nada falta ahora para mi contento, porque habéis de saber, buenos amigos míos, que ya hube la sabrosa posesión que tanto llegóme a desasosegar.

DON LORENZO

¿Qué decís?

DON ALONSO MARTÍN.

¿Topasteis al fin y a la postre con esa belleza niña y suave, melancólicamente dulce, que tanto y tanto nos ponderabais en vuestro acalenturado anhelar? Recordad ahora que os lo decíamos que con vuestras artes múltiples y ondulantes, iría ese efebo al cabo a parar lánguidamente a vuestros brazos.

DOÑA LEONOR

Sí, don Alonso Martín, logré ya ese delicioso placer; por eso traigo ahora tan lleno de regocijo el pecho. Pedidme vosotros las albricias. A ese blondo doncel ya lo tengo puesto a buen seguro bajo los candados de mi antojo.

DON ALONSO MARTÍN

Y ¿quién es él? Contad, contad; porque nosotros, ya lo sabéis, no lo conocemos ni lo hemos visto jamás en Sagredo.

DON LORENZO

Pero, ¿cómo fué que os atrajisteis a esa dulcedumbre tan llena de esquivez, por lo que vos misma contabais? ¿Cuál de vuestras artes desplegasteis al fin con tanto tino?

DOÑA LEONOR

Complázcome en contaros que aunque desconozco su apelativo, cosa que no me importa, sé en cambio que se llama Felipe

Próspero, y a juzgar por su cortesanía, barrunto que es muy hidalgo. Vive en una grande y suntuosa casa de aquí cercana, donde lo dejé en su alto lecho de palisandro durmiendo a sueño suelto, que así, por la restauración de lo perdido, se sustenta el cuerpo.

Lo encontré ayer tarde, ya a boca de noche; le hablé, y ¡oh gozo!, también él andaba en ansias vivas por mí. A fe que no es mancebillo de estrechada lengua, antes bien tiene buena labia, llena de agudos conceptos, que sabe medir con muy donosa gracia. Deseaba yo llevarle a mi casa, mas honróme con ser su convidada, y a la de él fuimos, que es cosa muy de ver por sus elegancias de mucho gusto, coste y suntuosidad.

Regalóme finamente con una cena de escogidos manjares, y en seguida desmayé de amores entre el rosado alabastro de sus brazos; bajo las transparencias de su carne hay cintilaciones estelares, y sus labios diéronme la íntima miel de sus besos largos, intensos, que yo sorbía con ávida delicia

de agua en calor de verano y de camino, en tanto que sus grandes ojos azules se le hacían vagos, enturbiándosele en un apagamiento de placer todo el encanto de su clara diafanidad.

Alegremente deleité mi carne y contenté mi deseo. Entre el furor de mis brazos tembló como una vara de nardo su cuerpo adolescente, y bien a mi pesar abandoné su lecho, un lecho, amigos, de oloroso palisandro, con cincelados bronces en los remates y rojas colgaduras de brocado, y de una tibia suavidad muelle y perfumada. También yo ahora daríame de buena gana al dormir buscando descanso a mi fatiga; pero ya es el tiempo en que va a mi casa, como lo ha por diaria y enfadosa costumbre, el estólido minero Pedro Soto, para prodigarme sus mimos rudos y la torpe rustiqueza de sus decires lugareños. Y tengo, comprenderéis, que estar antes que él llegue para no despertarle el enojo.

DON ALONSO MARTÍN

¡Ay, doña Leonor! Soportadlo sin que se os acreciente vuestra molestia y pesadumbre, porque don Pedro Soto dueño es de gran caudal, y su oro corre siempre pródigo y magnánimo. A bien que no será mucho el que os dé ese niño, digo yo..., pues ya sabéis que vale más Pascua mala y ojo en cara, que no Pascua buena y ojo fuera.

DOÑA LEONOR

Aunque tengo que mirar por mis aumentos, ya me saca de tino la paciencia ese Soto, pues el achaque de sus celos le pasa a menudo los linderos de la razón y... ¡válgame el coronado demonio!, dejé olvidado, con el grande apresuramiento con que salí de la casa de Felipe Próspero, el collar que me dió el tal Soto, el cual gusta de ver constantemente ceñido a mi cuello, y si no lo ve, encenderáse su saña y alzará gran escándalo por esa nonada. ¡Mal haya mi memoria! Dejéme también, encima de un contador, mi

abanico. Señores, vayamos hasta esa casa, en un vuelo recogeré lo olvidado y luego tornaremos a la mía, en la que me dejaréis, perdonándome el que no os convide a mi estrado, temiendo que con tan leve ocasión arme el brusco minero gresca peligrosa, y comprenderéis muy bien que ello sería en mengua de mi hacienda.

DON LORENZO

Muy complacidos iremos en vuestra compañía, siguiendo nuestra plática.

Y con esto empezaron a caminar todos tres por aquella calle provecta y silenciosa, llena de enhiestos caserones en los cuales los siglos fueron poniendo, con un fervor constante, el apasionamiento de su beso que les fué gastando sus piedras y tintándolas de un leve oro bermejo en la grave quietud de la rua, la cual los vió pasar tranquila, sin menester jamás de sus bullicios ni de sus cuidados y afanes, sin alterar en nada su hidalga monotonía,

poniendo a su paso sólo una quejumbre lamentosa en el rechinar de los portones, y un largo atristamiento en la turbia mirada de las ventanas.

Y llegaron frente a un viejo caserón de piedra en la que el musgo prendía su suave felpa, muda habladora de abandono y de olvido. Bajo los canalones se alargaba hasta el suelo la mancha negra que fué untando el rigor de las lluvias tenaces; surcaba toda la fachada la profundidad serpeante de las grietas; el escudo, con la tristeza de las cosas inútiles, se desmoronaba de vejez sobre el recio portón, y tras los herrumbrosos balcones estaban las vidrieras despedazadas o en lamentable ceguera por el espeso polvo de los años, que velaba su diafanidad.

Y don Lorenzo y don Alonso Martín abrieron los ojos con un gran azoro, que estaba en justa consonancia con el asombro tembloroso que había en su voz, diciendo, al ver que doña Leonor se detenía decidida a golpear con el oxidado llamador.

DON ALONSO MARTÍN

Pero, cómo, ¿es aquí?

DON LORENZO

¿Aquí, doña Leonor?

DOÑA LEONOR

Aquí es, sí, señores; ¡aquí! Y no hallo motivo para esa admiración y ese pasmo que mostráis.

DON LORENZO

Razón hay para quedar atónitos, señora, porque esta es una vieja casa que lleva luengos e incontables años de no abrirse. Diz que tras esos muros vetustos, que ya se desbaratan, murieron sus dueños asesinados en una negra noche de medror, y que unos sus parientes lleváronse a otras tierras todos los bienes que allí había. Por eso se le conoce con el nombre sombrío de la *casa de las muertes*.

DOÑA LEONOR

Será todo lo que queráis, pero que aquí estuve anoche y muy contenta, no lo puedo dudar. ¡Mirad!, justamente, en esta charnela del portón, al entrar, enredáronse los largos flecos de mi tápalo, y al tirar enojada, rompiéronse. Allí están, miradlos bien; vedlos columpiarse al viento pendientes de ese cincelado hierro.

DON ALONSO MARTÍN

Ciertamente que allí están, sí, no hay duda en ello, señora; pero os repito que esta vieja casa está en grande abandono y soledad desde hace años, luengos años, en que sucedió lo que Lorenzo os ha relatado. Cuando era yo niño, una vieja criada de la casa de mi abuela, referíame relatos pavorosos que en tiempos remotos se desarrollaron en esta antigua mansión.

DOÑA LEONOR

Y yo también, señores míos, ahora os digo y repito que aquí estuve anoche, y que esto no es imaginación vana y sin fundamento, y ahí están esos flecos que dicen la verdad de mis palabras, y allá dentro podrán atestiguarlo asimismo el collar y el abanico que vengo a recoger. Este lo puse, acuérdome bien de ello, sobre un policromado contador que está en la suntuosa sala donde cenamos, y el collar quedó olvidado sobre un reposte-ro que cubría un bufete, que se alza cercano a la cama donde pasé la noche al lado de esa juventud llena de gracia inocente y suave, que dejé hace poco, como ya os lo he dicho, en buen reposo; el mismo Felipe Próspe-ro, si es que ya ha despertado, os lo dirá presto, y veréis además, cómo es de galán, afable y pulido, y cómo no en vano mis cá-lidas alabanzas hacían bien la salva a su grandeza y hermosura, que no hay concep-tos que las alcancen.

SEGUÍA doña Leonor llamando reciamente, y las aldabadas tenían una resonancia hueca y lejana en el interior del caserón e iban a levantar confusos ecos en la asoleada quietud de la calle.

Una vieja asomó su puntiaguda cara de aquelarre por la alta claraboya de una casa frontera, y dijo con grandes voces de advertencia:

Señores, señores, no se afanen en llamar más vuesas mercedes, porque la casa está sola desde hace años, infinitos años, desde que murieron de tan mala manera mis buenos señores, que Dios quiera estén gozando de la Gloria. Érame yo aún mozuela pregontona cuando la trágica muerte de mis amos, y desde entonces en jamás alma viviente habitó en ella, porque dicen que la moran duendes y almas en pena.

Pero si vuesas mercedes, curiosos, gustan de entrar, bajaré la llave que, herrumbrosa

y tomada del tiempo, guardo todavía en mi arquimesa.

poco bajó la vieja tocada con un manto de anascote, y era adelgazada y escuálida, con mueca de gárgola de iglesia visigótica, y al andar, como andaba con menuda ligereza, sus largas haldas entraban rápidas y salían prestamente por entre la flacura espectral de las largas piernas, que surgían de los anchos zapatones como dos cirios de cera amarilla. Traía desabotonado el remendado justillo, y por encima del escote de la camisa salían flácidas sus ubres de bruja, caprípedas y negras.

Entre zalemas de sabat hizo entrega a don Lorenzo de la llave, una llave grande, orinecida y pesada.

Tras de no pocos trabajos pudieron abrir el ferrado postigo que rechinó largamente en sus goznes enmohecidos, y doña Leonor y sus amigos, seguidos de la vieja, que se rascaba bajo la greña gris con las manos gan-

chudas e iba suspirando constantemente con amargura, cruzaron la frialdad del largo zaguán, y vieron que toda aquella casa era ancha y muy desbaratada y llena de foscas penumbras.

El vasto patio estaba cubierto de ñudosos rosales que ofrecían generosamente en la soledad el fugitivo don de sus flores, que se iban deshojando misteriosas y lentas. Presidía aquella vejez una fuente mutilada, verdeante, llena de la esponjosa lozanía de la lama; el agua derramábase en mansa quietud por sus bordes e iba después rizándose, llena de sol, a meterse por entre las junturas de las verdinegras lajas que enlosaban el patio, y un caño roto manaba un chorro que caía interminable sobre las aguas muertas con un son secular y lejano, son de encanto y de quimera que se metía en el silencio de la casa con un espiritual ritmo de tristeza. El patio lleno de hierba y de abandono, con sus cipreses y viejos rosales y su fuente cantora, tenía mansas melancolías, una paz triste de cementerio aldeano.

DOÑA LEONOR

Mirad, en esos cipreses todos los pájaros que en ellos anidan, anoche tuvieron ganas de cantar, y esa es la fuente que, también anoche, musicó galana mis amores con muy entrañable dulcedumbre.

DON LORENZO

Es una vieja fuente abandonada que canta el melancólico fenecimiento de las cosas.

MUY pensativos todos, iban subiendo la polvorosa y vieja escalera de piedra, cuando doña Leonor, de pronto, tuvo un grande y sonoro alborozo al mirar en uno de los peldaños una flor y exclamó:

Esa flor, mi buen don Lorenzo, yo la arranqué al cruzar por el patio con Felipe Próspero. Es de una rama que se nos atravesó como ofreciéndola en una espontánea

ofrenda. Subimos ambos esta escalera con una lentitud de pereza complacida, y yo golpeaba suavemente con esa rosa un hombro de mi amante, y ella soltaba solícita y feliz toda la sutileza de su aroma... En una de esas se me cayó y allí la dejé.

EN esto llegaron al destartalado corredor de columnas altas y musgosas, y doña Leonor, señalando la tallada puerta que estaba en el fondo, dijo:

Esa puerta es la de la sala donde comí y bebí cosas de exquisito regalo. Pero, señores míos, no hagáis tanto ruido, que estorbaréis el sueño de Felipe Próspero, del que ya os dije que quedó dormido y lleno de fatiga. ¡Pobrecito doncel!

EMPUJARON la dicha puerta, que tenía rota su gran cerradura de filigrana de hierro, y, de pronto, se hallaron todos, con los ánimos sorpren-

didos de helado asombro, en una cámara ancha y ruinosa, en la que, con su repentina entrada, hubo una precipitada fuga de ratones que roían ávidamente el piso lleno de agujeros.

El vasto recinto apenas lo esclarecía el tenue fulgor que penetraba, cansado y temeroso, por la puerta que acababan de abrir. Allí no había nada de aquel atuendo magnífico, ni del suntuoso decoro que viera muy complacida doña Leonor la noche anterior. Ni un mueble se alzaba en aquella fría vastedad; sólo algunas negruzcas hilarachas andaban diseminadas por el piso. Toda la estancia mostrábase desguarnida, polvorienta y muy sucia; el envigado, todo gris de polvo, del que colgaban densas telas de araña se curvaba rendido, lleno ya de vejez; los muros estaban carcomidos por el profuso chorrear de las goteras a lo largo de ellos; las puertas que caían sobre el balcón, cerrábanlas oxidados y fuertes cerrojos, y mostrábanse roídas y alabeadas, y el sol ponía en la red de sus hendiduras hilos de oro, y

transparentaba la púrpura de la vieja resina de sus maderas.

DOÑA LEONOR

LEVANTANDO su voz con un gran clamor tembloroso y tímido.

¡Miren, miren, allí está mi abanico! ¡Yo no mentía!

Y en efecto, entre la espesura del polvo de un rincón abría el abanico el calado varillaje de concha nácar, mostrando a medio abrir la gracia galante y frívola de su país.

Y a la dama se la empezaron a aturdir los pensamientos con aquella extraña cosa que enflaquecía los ánimos de todos, y con voz que diríase lívida de angustia, casi sollozó:

¡Aquella estancia es la alcoba! ¡Vamos allá! . . .

PERO la puerta, también de fina tallas, estaba cerrada con llave.

DOÑA LEONOR

CLAMANDO de nuevo, con la voz atravesada de espanto:

¡Anoche estaba abierta y la cubría un rico tapiz que Felipe Próspero alzó con patricia exquisitez, para que yo pasara!

DON Lorenzo y don Alonso Martín arrimaron contra las podridas ma deras el fuerte empuje de sus ro bustos hombros, y haciéndolas saltar pene traron con urgida velocidad en la estancia y ya en ella, con gran temor y asombro quedáronse atónitos al ver que estaba tod ella en una ruina más grande y en mayo desolación que la otra sala. Todo allí estab reducido a lo postrero. Gran parte del tech

ce había venido abajo, y de las pocas vigas que quedaban pendían telarañas grandes y largas como velos de templo, y los escombros de ese derrumbe estaban llenos de hierba y de humedad; y sobre unos terrones saltaban jubilosos en desasosegados chispeos los brillos del collar.

Toda angustiada y temerosa seguía doña Leonor, y con el respiro muy anhelante, como si a todo paso hubiese hecho de un solo tirón una gran caminata bajo el sol de Agosto; apenas puede hablar:

¡Estas mis manos que andaban ya trémulas de pasión, pusieron ese collar sobre el bordado repostero que cubría el bufete que allí estaba!

Y seguía atónita, aterrada, al igual que sus acompañadores. El espanto los anegaba. Las alas del entendimiento se les habían encogido; un temor helado les corría por todos los huesos y les escalofriaba las carnes. La vieja portadora

de la llave lloraba y lloraba con grande plañidos, y una puerta, entre aquella pavu ra, golpeábase desesperada en las hondura del caserón, cortando ásperamente el si lencio.

DON ALONSO MARTÍN

¡Ay, doña Leonor! Pero, ¿con quién es tuvisteis anoche aquí?

DON LORENZO

¿Quién fué ese garrido mancebo pálido y helado con el cual dormisteis tan placen teramente?

DOÑA LEONOR

¡Mi corazón que desfallece ya me lo dice bien claro a grandes voces! ¡Pero mis labios tiemblan y tienen miedo de pronunciarlo ¡Aquella frialdad! ¡Aquella gran frialdad nunca se le entibió! ¡Ay, Dios mío, yo he yacido con un ser de otro mundo! . . .

DON LORENZO

¡Sí, qué duda cabe! ¡Con un ser de ultra-umba, doña Leonor!

ROTA la vieja con un lenzuelo negro sus ojos abotados y con estrías de sangre; deja de sollozar de pronto, y con voz adusta de sibila rural, exclama, con las manos en alto, desoladas y vehementes:

LA VIEJA

Este es un advertimiento de Dios Nuestro Señor, para que sosiegue la sensualidad y cierre ya el corazón a todas las aficiones vedadas, y tuerza, señora, hacia otro lado su vivir; porque nuestros placeres de la carne son efímeros y asquerosos, y nuestra vida vanidosa está sitiada por la próxima muerte. Sólo por la renunciación y por la ardiente caridad podemos redimirnos!

PERO esas palabras agoreras no las oyó doña Leonor, porque lanzando una gran voz de angustia, y con el rostro teñido de horror, se le fué de súbito el seso, es decir, enloqueció.

Y la puerta parece que ponía al dicho de la vieja una glosa extraña y maléfica, pues seguía golpeando y golpeando desesperadamente, y lanzaba su rechinante voz en la quieta hondura del caserón ruinoso y abandonado.

COSAS TENEDES...

I

LOS muros de este amplio aposento están casi cubiertos por altas estanterías llenas de libros encuadernados ya en pergamino o en badana, o con pastas de piel jaspeada y rojos cantos encerados, y todos, desde la polvosa quietud de los anaqueles, ponen en el aire, de un modo delicado, el sutil olor de vetustez que efluye de sus páginas amarillosas. Entre el labrado cornisamento de las librerías, y bajo las ménsulas ingenuamente esculpidas que sostienen la viguería de cedro fileteada de oro, hay cuadros devotos de vírgenes y de mártires que más avaloran y

hermosean la estancia y que encierran la oscura coloración de su arrobo o de su martirio entre el áureo encrespamiento de marcos churriguera; de una cadena de gruesos eslabones de forja que pende de un ancho y cincelado rosetón, cuelga el sobrio candil de tres bolas de brillo ya muriente, y sobre cuyas arandelas levantan su balsámica blancura las bujías de cera. Las puertas están cubiertas por cortinas encarnadas de sucesión gótica y desarrollo renacentista, y frente a una de ellas un biombo de madera negra con cantoneras y guardas de velludo carmesí, abre suntuosamente la amplitud de sus grandes hojas talladas para cortar los aires y librar de sus malignas consecuencias.

El pavimento lo cubre una alfombra de lizo alto, que con su muelle suavidad emblandece la pisada, y cuya coloración marchitó dulcemente la sabia mano del tiempo y por toda la ancha estancia se yerguen majestuosos los altos sillones de cuero con aforros de terciopelo rojo, flocaduras de oro y clavazón de plata; los torneados taburete

y escañiles con cobertura de dorado guadamecil o de sedas recamadas; un facistol, lleno de fina labor minuciosa, sostiene fatigado un gran libro de apergaminados folios que, de fijo, contendrán policromadas miniaturas; y en el centro de la habitación se levanta solemne y magnífica una amplia mesa de un solo tablero, muy labrada y lustrosa, que dice con su vasta elegancia de refectorios conventuales con olores de sabrosos guisados, con grandes vasos de vino trasañejo y con la clara sonoridad de risas de frailes jocundos y optimistas.

Sobre esta mesa se alza un grácil Cristo de marfil que desmaya su blancura cándida en el labrado ébano de una cruz a cuya vera está el tintero de asa, las plumas de ganso, las salvaderas con limaduras de hierro, la cajuela de laca llena de nemas multicoloras, el barbudo papel de Manila y un gallardo velón de exornadas pantallas que transparentan rojo damasco por entre sus finos calados. Junto a las patas en garra de la mesa, unidas por retorcidos hierros, se extiende un

ancho brasero de azófar que pone sus des-
mayados reflejos en la amplia caja de nogal
labrada con paciente gracia y llena de afili-
granadas incrustaciones de plata ya oxidada,
confortable brasero que evoca la placidez de
sosegadas pláticas en noches de invierno, los
largos rosarios, o apacibles lecturas de fácil
y espiritual entretenimiento.

En el fondo de esa noble estancia, y entre
el oro de un marco de fulgores agónicos, está
el retrato de un sombrío personaje de aven-
tajada y escuálida estatura, que de pie junto
a una mesa revestida de verde, con luengos
rapacejos y borlones, y llena toda de libros
y papeles, descansa sobre éstos la pelambro-
sa anchura de una mano que aprieta una
gruesa llave simbólica. Su cabeza es grande,
bien crecida de seso; los ojos, negros y algo
esparcidos, tienen un mirar sañoso y fijo
tras la redonda eminencia de sus recias an-
teojeras de carey; las quijadas son luengas
y tendidas en un prognatismo de Austria; la
boca, de finos labios, contrayéndose en agrio
gesto de malhumorado descontento, levanta

un menguado bigote de marchita laciedad, y le corre por la barba salediza una perilla larga y ruin. Tiene puesto su bonete con borlas de doctor y envuelve su estirado cuerpo en negra ropa talar, sobre la que luce capelo y largas becas con el escudo colorido de la Universidad; y a su junto un óvalo de sucia color blanca da razón, con letras rojas, de que: «Este es el retrato del Señor Don Juan Jerónimo López de Agurto, Doctor sutil en toda teología en la Real y Pontificia Universidad de México, de la que llegó a ser su Maestrescuela con general contento y aplauso de los doctos. Sirvió la cátedra de Prima de Cánones y después leyó en la de Instituta y fué incorporado de Maestro en Artes. Varón fué de ensanchado ánimo y de gran discresión y ciencia. Su pluma tuvo alto empleo en libros y papeles de elegida sabiduría. Nació el año de Nuestro Señor Jesucristo, de mil y seiscientos cuarenta, y Él lo llamó a Su seno a los veintitrés días andados del mes de Agosto y año de Nuestra Redención de mil seiscientos y noventa y cuatro años, día mar-

tes a las cinco de la tarde. Dios lo perdone. Requiescat in pace. Amén.»

Don Ramiro López de Agurto y el licenciado don Diego Laynes, estaban en esta estancia en una resplandeciente siesta de verano en buen acuerdo y contento, con la baraja entre las manos y delante de la bella mesa de talla.

Don Ramiro López de Agurto tenía aposturas fachendosas de soldado, muy donoso el palique, el hablar muy señor y desenvueltos los ademanes, y el metal de sus risas parecía venir con un galano prestigio de entre las páginas del romancero. Era rubio, blanco de color, con la húmeda frescura de una manzana de huerto conventual.

Don Ramiro López de Agurto era el dueño de la casa cuya era la habitación en que se hallaba en la amable compañía de su amigo el licenciado Diego Laynes, y este señor licenciado don Diego Laynes, hacía poco que llegó a esta Villa en su buena yegua de vientre, de andadura sosegada, a tender en un complicado negocio de tierras

aguas que tenía en litispendencia, las re-
es jurídicas tejidas con hábil maestría con
os mil delgados hilos que sacaba con mucha
estreza y maña de los próvidos telares de
a Curia Filípica, de la Instituta, de las De-
retales, de las Recopilaciones y demás for-
nidables cuerpos de Derecho, que bien toma-
os los tenía en su memoria. Era de risueña
ravedad y hábitos molondrones y pacíficos
e clérigo gordo que tiene buena ama, abas-
ada bodega, escopeta y galgo corredor; la
nano del tiempo ya andaba diligente em-
lanquinando de canas su cabellera y su
endida barba y la altivez de su mostacho
ue casi ocultaba con su abundancia, la boca
arladora y juvenil.

Don Ramiro López de Agurto y el licen-
iado don Diego Laynes, en el sosiego lu-
ninoso de esta siesta dorada y plácida, en
ue estaban en buen acuerdo y contento, te-
ían una amena charla y lo que trataban
ra esto:

DON DIEGO

Más de dos pesos macuquinos y un buen puñado de almendras de cacao, es lo que me lleváis ganado en lo que va de la tarde y hoy por hoy, debemos ya dar de mano a este ameno libro de Juan Bolay, como en lenguaje bribiático llaman a la baraja, que si no la dejáramos ahora mismo sería ya vicio y no diversión para llenar estas horas que tenemos de vacante, y, además, no acierto aún a comprender ese vuestro aferrado empeño de no jugar sino en esta estancia y estar tejiendo siempre con violenta gracia, burlas y pícaros decires para motejar, oscureciéndole la fama, a ese personaje que nos mira gravedoso desde la pomposa ventana de su marco.

DON RAMIRO

Dejemos la baraja en buen hora, si estos place y contenta. Y si os llevo ganados algunos dineros en plata y en cacao, en otras manos de malilla os habéis llevado los míos

en no menor cantidad y con muy buen arte, por cierto, pues sois diestro en el limpio manejo de los naipes. Y he de deciros ahora, ya que me lo preguntáis, que gusto de jugar en esta estancia más que en otra ninguna, porque aquí está el adusto retrato de mi señor tío don Juan Jerónimo López de Agurco, que como ya dicho os tengo en otras veces, malrotó en temporales superfluidades, no sólo su legítima, sino la gruesa herencia de mi padre, de quien fué tutor, para comprar la inútil abundancia de esos libros que diz que son raros y curiosos, y a quienes ya les roe tenazmente el corazón la polilla en el abandono polvoso de sus tallados anaqueles. La poca hacienda de que hoy, a Dios gracias, disfruto, señor licenciado, es la que hube de mi madre, que en paz descanse; por eso tengo en contra de él esa perenne y concentrada rabia que a toda hora se levanta en mí, haciendo hervir en mis labios los ardores de la indignación, por mor de ese malgasto y despilfarro que acabó con lo que hubiese sido mi heredamiento.

Y como él escriborreó un pedante fascículo lleno de atildaduras y de pacientes remilgos de erudición contra el juego de cartas, diciendo mal no sólo de aquellos que lo acogen por profesión y que a su sombra tienden toda su vida, sino de los que a él acuden por mera diversión, es, por tanto, cosa de mi mayor contento el venir aquí a *florear* frente por frente de su repulsiva efigie, que no parece sino que el ánima, que en buen hora abandonó la seca tiesura de ese cuerpo, vuelve a adentrarse en esa amojamada aridez, y antójaseme que le recrudece el enojo y que llenándose de rencor hasta los ojos, arrufa el puntiagudo hocico de alcuza.

DON DIEGO

Yo he leído la malhumorada y especiosa lucubración de vuestro señor tío, toda llena de textos patrísticos, y que nominó: *Manifiesto filosófico contra la birjanesca inundadación que hopa las voluntades y deseos de los criollos en toda la Nueva España.* Y en

sus páginas alza el pedante encono de su exaltación contra un tal Nacolao Pepin, que fué el inventor de estos que dícense ahora naipes, por las cifras primeras que tienen: *Na* y *Pe*, las que encierran el nombre del que los sacó en uso por el mundo, y clava luego su férvida inveracundia en el soldado conquistador Pedro Valencia, que fué el primero que usó de naipes en estas tierras, pintándolos en pedazos de cuero de un viejo atambor, que bien supo adobar para este menester, y desde allí abre, dice, el triste ciclo de nuestras desventuras, pues en poco tiempo llegó a tanto el vicio y sus males, que para detenerlo se expidió, en 12 de Febrero de 1538, una cédula que vedaba la introducción de naipes en estas Indias, y de la cual hace vuestro tío ponderados elogios, así como también dice grandes bienes del Señor Virrey don Luis de Velasco, y como siguiese el daño, porque en la Nueva España se continuó con toda perfección fabricándolos grabados en madera, los prohibió en Noviembre de 1553, bajo las penas de

azotes, multa crecida y destierro perpetuo. Y por el abundoso acopio de citas de humanistas, clásicos, poetas y prosadores cristianos, Santos Padres y legistas, se ve que era ese vuestro tío varón de muchas luces y de gran entendimiento y muy abastado de toda erudición.

DON RAMIRO

Sí; mi señor tío don Juan Jerónimo López de Agurto era de muchas luces, gran entendimiento y harto sabidor en los estudios de toda ciencia y arte. Ya habéis visto que en ese retrato se declara que fué Maestrescuela de la Real y Pontificia Universidad de México, y que en ella leyó cátedra de Instituta y de Prima de Cánones, llamada Decretales, y que fué, además, incorporado de Maestro en Artes. Pero aunque era de un genio áspero, rectilíneo y seco, el Señor Virrey, la Real Audiencia y los Cabildos de Iglesia y Ciudad, tuvieron siempre en mucho su saber y discreción, y en más de un negocio arduo y difícil acudieron a él en solicitud de con-

sejo, pidiéndole la eficaz ayuda de su sapiencia, porque bien dijo don Alonso X que «de los omes sabios, los omes e las tierras e los reinos se aprovechan, e se guardan, e se guían por el consejo dellos».

Y no en balde contábame mi madre que estaba a toda hora mi adusto tío, inclinado sobre esos librotes, sorbiéndoles golosamente la esencia.

DON DIEGO

Yo, que casi todos los he hojeado, por ser eso cosa muy de mi gusto y afición, los he visto marginados con minuciosas notas y apostillas, escolios y subrayos infinitos, escrito todo por la mano y letra de don Juan Jerónimo, lo que indica que bien los leyó y meditó. Y con razón hubo de gastar tanto dinero en adquirirlos, consumiendo en ellos sus erarios, pues todos son de indiscutible gran valer, calidad y extremada rareza.

DON RAMIRO

Desde que el señor don Carlos de Sigüenza y Góngora, albacea testamentario que fué de mi difunto tío, nos envió desde la ciudad de México esos libros, he abierto sólo algunos, con el ánimo inclinado a leer; en dos o tres ocasiones, pero de mi lado apartélos con presteza, que no entendí ni tampoco se me alcanzaba nada de lo que en ellos se trata; pláceme, sí, a diario, coger alguno de los que más a mano me vienen, y que procuro sean de los de impresión más atrasada, y arrancándole un buen puñado de hojas, hago con ellas pelotillas que voy arrojando con diestro tino a la cara del retrato; o cuando me llega el recuerdo de lo que hizo sufrir ese hi de . . . tal a mi pobre madre con las rechinantes destemplanzas de su carácter, le tiro a los hórridos hocicos más de uno de esos libros o en este brasero los quemo, y yo, lleno de íntimo deleite, creo ver que se enciende en rabioso furor, y me río con un interminable regocijo.

DON DIEGO

Por Dios, don Ramiro, que no debéis hacer tal. Yo sólo en pensar que con los míos pudiesen hacer otro tanto, las lágrimas quieren salir de mis ojos y me siento a las orillas de la muerte, porque no debéis ignorar que esos volúmenes son de alto mérito y suma curiosidad.

DON RAMIRO

Eso me han dicho algunos señores canónigos que han venido a verlos. Y ¿sabéis a quién hubieron de pertenecer? Una parte, y no por cierto la menor de ellos, fué de un Arzobispo de la ciudad de México, y muchísimos otros de una monja poetisa. El Arzobispo fué el Doctor Francisco de Aguiar y Seixas y los vendió para derramar en los mendigos su corto precio, imitando en esto a esa monja jerónima, en todas prendas superlativa, que se llamó en clausura sor Juana Inés de la Cruz, y en el siglo De Asbaje y Ramírez de Cantillana, la cual se deshizo de

ellos sin estremecer el semblante, llena de amor de caridad, que ésta era su virtud reina, para darles a los pobres de limosna hasta su entendimiento, y vendió también todos sus instrumentos músicos y matemáticos, que los tenía muchos, preciosos y exquisitos, y además el múltiple encanto delicioso de las mil brujerías que aun desde muy lejos le presentaban ilustres personajes aficionados a su famoso nombre, no quedándole entre el blanco recogimiento de la celda más que tres libros de devoción y muchos cilicios y disciplinas con que mortificaba a diario las liliales alburas de su cuerpo virginal.

DON DIEGO

¡Oh, viejos libros, riquezas de que tuvo ella siempre sedienta codicia! Sobre la sabia aridez de vuestras páginas cayeron siempre amorosos los largos mirares de aquellos ojos negros, abiertos perennemente en un claro éxtasis de esperanza; sobre vosotros se inclinó la albura mística de aquella frente, ideal campo de purezas, en demanda de

vuestro saber que todo se lo disteis solícitos y complacidos, y como un pájaro posa su armoniosa inquietud en las ramas de un árbol, así el delicado espíritu de la monja, leve pájaro misterioso, revoloteó por esos renglones, se detuvo ensoñando en esas líneas... Y esos instrumentos músicos, guardadlos, guardadlos mi buen don Ramiro, con amor reverente, no por vuestro aspérrimo y enfático tío, sino por ella; están edulcorados con fina exquisitez por la galana miel de sus labios, y ennoblecidos porque por ellos deslizáronse sus manos en grácil abandono, dejándoles detenida la leve alma de su perfume casto y monjil. Esos libros y esos instrumentos músicos están penetrados del encanto de su belleza. Yo sé por qué el vuestro pariente compró en subido precio todo eso que perteneció a esa blanca monja dilecta, pues ella fué, no lo ignoráis, su íntima tragedia...

Yo he sacado de un polvoriento cajón de esta biblioteca, como hurgador papelista que soy, un grueso cuaderno encerrado en

fuerte bolsa de cordobán, en el que don Juan Jerónimo fué escribiendo casi día a día sus memorias. Las he leído todas y por ellas resbala mansamente la tristeza de un gran dolor contenido, sintiendo muchas veces en mi ánima una callada ternura y la angustia de ese pobre hombre feo, erudito y enamorado.

DON RAMIRO

No sólo gastó crecidas sumas en las bibliotecas que fueron del caritativo señor Arzobispo Aguiar y Seixas y de esa grácil monja jerónima, malrotando en un día lo que mi abuelo granjeó en muchos, sino que mandó tallar a Filipinas la afiligranada gracia de un retablito de marfil con el Nacimiento, que regaló a sor Juana, y más tarde, ésta, hubo de enviárselo a la Señora Virreina con ocasión de que cumplía años, junto con aquel rendido romance que tanto la celebra y que así dice en sus comienzos:

Por no faltar, Lysi bella,
al inmemorial estilo
que es del cortesano culto
el más venerado rito;
que a foja primera manda
que el glorioso natalicio
de los Príncipes celebre
obsequiosos regocijos;
te escribo, no porque al culto
de tus abriles floridos...
. . . . . .

y lamento que lo demás dél ya no se me acuerde.

Y también mi pedante tío, entre otras ricas preseas que mandóle a la monja por ternura de amor ciego, la envió para su escapulario un escudo que había pintado con gustosa coloración Sebastián de Arteaga, que fué, además de pintor de mucha y grande opinión, notario del Santo Oficio. Y un viejo platero del pueblo de Atzcapotzalco, descendiente de los hábiles artífices

que labraban el esplendor de las joyas del gran Moctezuma y que más tarde hicieron a los conquistadores aquellas sus fanfarronas cadenas y alhajas y el gran servicio de sus vajillas, digo, que la paciente habilidad de ese orífice sabio, labró con finura sutil el marco de oro para el ya mentado escudo, alcanzando todo ello un subido coste que hubo de salir todo entero del patrimonio de mi señor padre, que haya Gloria.

DON DIEGO

Sí, el Maestrescuela habla de eso en su manuscrito y dice, con tierna sinceridad, que antes de mandarle el escudo le dijo exaltadas y bellas palabras para ver si algunas de ellas se quedaban prendidas en la lámina de cobre u ocultas entre las leves filigranas del marco y fuesen también a decorar el casto pecho de la monja que habría así de subirlas y bajarlas en su respirar como adormeciéndolas en su pena con una solícita delicadeza de madre. También dice que por ser de harta riqueza el marco de oro, se

lo dió ella a su prelada muy santa y muy cándida, para que pusiera la imagen de un Divino Rostro, sangriento y pálido, que con mucha devoción se veneraba en la iglesia de su convento de San Jerónimo.

DON RAMIRO

No sólo esos regalos envió a sor Juana, sino que entre otras varias y buenas cosas, pues con ella era finísimo y singular, hízole el rico presente de una grácil Santa Inés hecha de lucientes metales de kalaín y tumbago, en que él la mandó fundir a la distante provincia de Macao de la China, según un esbelto trazo de Sebastián de Arteaga. Y mandóle también dos altos tibores de suave policromía que desvaíase en el desmayo apacible de muy dulces matices y que el poderoso Conde de Santiago de Calimaya trataba con ahinco de adquirir para decorar más su sala del dosel, llena ya de suntuosa elegancia; pero dió mi tío, en liberal puja que con el magnate sostuvo, una mayor suma de dinero, y adjudicáronle, por ende, la be-

lla majestad de las elegantes porcelanas. Y a Toledo mandó labrar un joyante frontal de seda briscada en que tendíase espléndida floración que en una perenne primavera abría fastuosamente su gracia multicolor entre la delicada red de los meandros y de las verdegayantes hojas, que se tramaba al entorno de las anchas cenefas de plata frisada de oro en las que se representaban escenas de la vida del Salvador las cuales fueron bordadas sobre bellos dibujos de un tal Baltasar de Echave, llamado el Mozo, que era en estos reinos un bien famado pintor. Con estas tan valiosas preseas se mostró mi tío, una vez más, muy franco y muy magnánimo de lo ajeno, pues que para adquirirlas harto fué lo que bajó el ya menguado heredamiento de mi señor padre, que tan rotamente así y sin ningún tiento administraba, volviéndolo todo en humo al fin y a la postre.

DON DIEGO

¿Y sabéis, don Ramiro, con ocasión de qué le hizo estos señalados regalos? El lo

dice claro en sus memorias. En los festejos con que una de tantas veces hubo de celebrarse el Corpus, y en que salieron asombrosos gigantes, la tan admirada tarasca y el regocijado diablo cojuelo, y en que don Juan Jerónimo, con sus borlas en la mano, paseó como siempre en la procesión su erguido continente, avasallando con su espigada talla a los demás doctores de la Real y Pontificia Universidad, precedidos todos ellos de la lucida hueste de bedeles, con mazas de plata y, además, en la tarde de ese día, hubo fiesta de estafermos y después loa y comedia en el cementerio de la catedral, frente a numeroso concurso y ante el Santísimo Sacramento, colocado en sus andas a un lado del teatro, como es de rigor al hacerlo así, dándole escolta, como siempre, los vetustos y elegantes alabarderos de la guardia del Virrey, creada, como creo que lo sabéis, en la remota fecha de 1568.

La comedia que representóse, se llamaba: *Los empeños de una casa,* y el auto, *El Mártir del Sacramento, San Hermenegildo,* y

ambas piezas eran de la muy singular invención de sor Juana Inés, y les hicieron grandemente aplauso y fueron tan gustadas que recibió con múltiples enhorabuenas exquisitos regalos, y como don Juan Jerónimo en esto quería ser siempre el primero, que si no a mengua grande lo tenía, hubo de enviarle, a poco, los dos tibores que acabáis de mentar; pero como ella, estimándole en mucha esta gentil fineza, le mandó en un homenaje de gracia adorable, junto con una décima, una comedia, él, entonces, traspasado de entusiasmo, encargó el frontal a Toledo y mandó al remoto Macao de la China, para que allí se fundiese en tumbago y kalaín el bello trazo que Sebastián de Arteaga había hecho de una virgen, la cual don Juan Jerónimo ofrecióle a sor Juana con la galanía de un obsequioso rendimiento, y ella donó luego esta grácil imagen a la Iglesia de su monasterio, donde yo la he visto radiar plácidamente su belleza tranquila, y envió también la suntuosa maravilla del coruscante frontal a nuestra santa Iglesia Metropolita-

na, con la respectiva venia del señor Maestrescuela.

DON RAMIRO

Así es todo ello en puridad, don Diego, y la décima a que acabáis de aludir, si mi memoria no me es infiel, es ésta:

Va de exornación escasa
la comedia que he trazado,
aunque para vuestro agrado
no sé si es buena la traza.
Si por larga os embaraza,
sus jornadas dilatadas
van a ser encaminadas,
y no es bien que cause espanto,
que para caminar tanto
aún son pocas tres jornadas.

DON DIEGO

Y en esa comedia de *Los empeños de una casa*, la autora, indudablemente, que vacía con ágil gentileza mucho de su vida, en las

donosas hablas del romance en que doña Leonor narra a doña Ana las desdichas todas que hubo de pasar, por lo que para mí tiene esa pieza un encanto suave y singular, es como un vitral a través de cuya maga policromía, se divisa toda la cándida dulcedumbre de ese vivir.

Ignoro cuál fué esa comedia que envió a vuestro tío. Yo conozco de esa única poetisa, musa décima, honra de la nación de este nuevo orbe y argumento de las admiraciones y elogios del antiguo, conozco, digo, los autos *El cetro de Joseph* y *El Divino Narciso*, y otra comedia a más de los *Empeños de una casa*, que se rotula *Amor es más laberinto*, y en la que colaboró, por cierto y con gentil destreza, escribiendo la segunda jornada, don Juan de Guevara, capellán del convento de Santa Inés e ingenio conocido en la ciudad de México, porque escribió una muy celebrada comedia, y la descripción de la entrada del Virrey Duque de Alburquerque, año de 1653.

DON RAMIRO

Yo no he leído, y líbreme Dios de ello, ese cuaderno secular en el que puso mi tío en memoria y relación las cosas de su vida; pero, en cambio, tengo bien leídos los tres tomos de las obras de esa monja insigne, fénix de la América y glorioso desempeño de su sexo, gustando con íntimo deleite su noble gracia, deleitoso regalo de mis sentidos.

Mi madre, que bien la conoció, decíame que era de un natural blando y cordial, muy afable y gustosa en sus palabras y que tomó de memoria muchos de sus versos y rezaba los *Ejercicios de la Encarnación* y unos *Ofrecimientos de los dolores* que compuso esa alma selecta y de las que le dió un traslado junto con el fácil encanto de la *Inundación castálida*, en la que en varios metros, idiomas y estilos, fertiliza varios asuntos con el fluir manso y amable de sus versos.

Mi madre habló con ella muchas veces en la olorosa intimidad del locutorio de San Jerónimo, pues mi tío la llevó a ese convento,

y contábame que en las tardes, antes de vísperas, había allí un grande concurso de caballeros calificados y de conocidas letras, y muchas damas principales, y en tanto que las blancas y suaves esposas del Señor agasajaban complacidas con nimio pulimento a todo el discreto concurso, con espumosas jícaras de chocolate y con doradas frutas de horno y aguas frescas y fragantes rebanadas de *ates*, se charlaba sosegada y devotamente de la última función religiosa, de las noticias que habían venido de las Españas, del postrer sarao en el palacio virreinal, del sermón de tal o cual predicador, de los desembarcos de los piratas, de las sublevaciones de los indios, y mi tío, u otro caballero sabidor, discutía con muy compuestas y floridas razones con la madre Juana Inés, de cuáles eran las mayores finezas de Cristo o de otras sutiles cosas de teología, y ella, que tenía mucho donaire y gusto en cualquiera materia, con un fácil y ameno discurrir, contestaba siempre muy acertadamente con hablar reposado y armonioso, y decía versos a

o divino o picantes a veces, que ni de con-
lición ni de ignorancia era escrupulosa. Y
us palabras todas eran gentiles y estaban
lenas de espíritu, y tenían un temblor can-
arino; un ritmo acariciador y blando las unía
morosamente, e impregnando las almas de
ranquilidad y mansedumbre se expandían
álidas y claras, en la pureza fragante del
ocutorio, y muchos de aquellos caballeros
muchas de aquellas damas seguían cada
alabra en el silencio como si contempla-
an el vuelo suntuoso de unas aves.

Mi buena madre recogió dentro del cla-
o fulgor de sus ojos azules el arrobo fer-
iente en que estaban puestos los de sor
uana Inés a toda hora, dándoles luz un ideal
ensoñando cosas leves y frágiles de ilusión.
Y cuando sonaba la postrer llamada de las
ísperas íbanse los concurrentes no sin cier-
o pesar, porque todos los que frecuentaban
u conversación no acertaban a dejarla, y en
a perfumada penumbra del fresco locutorio
esleíase misteriosamente el oscuro sortile-
io de su luto virginal.

Mi madre me refería también, como un recuerdo plácido y bueno de su vida, de una tarde en que concurrió a varios romances, bailes y tonos provinciales de un festejo, asistiendo en el monasterio de San Jerónimo de México, los Excelentísimos Condes de Paredes, que por aquel entonces gobernaban esta Colonia, los grandes títulos del Virreinato y hermosísimas y gallardas damas discretas y corteses entre todas las del mundo, como con lisonjera galanía dice de nuestras mujeres ese buen don Bernardo de Balbuena.

DON DIEGO

En esas sosegadas pláticas conventuales, narra don Juan Jerónimo, que fué cuando la oyó hablar, como siempre, con grandísima discreción del sermón de un orador grande entre los mayores, poniéndole muy donosos reparos y distingos con puntualidades de rigor escolástico, y que entonces él le rogó con rendimiento que escribiese todo aquello, y ella, que no sabía negarse a cosa que

e pidieran, lo puso en escritura, aunque no cuadrábale lo que parecíase impugnar a nadie. Y aunque la madre Juana Inés no destinaba ese escrito para notorio, sino es que lustrísima pluma le ofreció la impresión a su mano antes que a su esperanza, y esta munificente pluma no fué otra que la del Obispo de la Puebla de los Ángeles, Doctor don Manuel Fernández de Santa Cruz, que a poco tiempo fué Virrey, y que manifestó a sor Juana que, para que se viese en ese papel de mejor letra, lo había impreso, porque ella decía que nunca el consentimiento para la impresión había sido dictamen propio, sino libertad ajena, que no cabía debajo de su dominio, y así publicóse ese papel del *Crisis,* como se llamaba la respuesta que ella dió al Padre don Antonio Vieyra, el más docto, el más agudo y el más grande predicador que ha venerado este siglo, y ante ese monstruo hermoso y agradable de los ingenios, sale la dilecta y bella monja jerónima muy gentil, portándose verdaderamente bizarra en las cortesanías discretas con que lo

trata; en las ventajas grandes que, liberal y modesta, le cede; en lo atenta que lo venera; en lo ingeniosa que lo contradice; en lo sutil que le arguye; en lo docta que se opone, y en lo forzada que aspira a quitarle o a competirle la palma; por lo cual no sólo el Maestrescuela, don Juan Jerónimo López de Agurto, se deshace en cálidas loanzas para esa competidora ingeniosa y la confiesa merecedora en lo que le impugna y en lo que le añade con tan docto primor, sino que claros ingenios de las Españas, prodigáronle justos laudes porque discurría con tan formal ajuste.

DON RAMIRO

Mi madre vió en el locutorio cómo la ira sacó de compás y proporción a mi desapacible tío, al saber que el Obispo de la Puebla de los Ángeles, después de que alababa la *Carta Athenagórica*, como él llamó a la *Crisis*, y que aplaudía a la poetisa la honesta e hidalga habilidad de hacer versos, le decía que ya era oportuno de que diese

de mano a las letras profanas y que se consagrase únicamente a la religión, exhortándola perseverara en este propósito, pues mucho tiempo había gastado ya en el estudio de los filósofos y poetas, y que ya era razón de que se perfeccionaran los empleos y de que se mejoraran los libros. Pero mi tío, con exaltado ánimo, alentábala para que siguiera como hasta allí, en que jamás se había echado afuera de sus prácticas y ejercicios de buena religiosa, y ya mejor humorado le dió consonantes forzadas para que previniese en burlas cinco sonetos.

Referíame mi madre, que escuchó con el ánimo suspenso en dulce encanto, cómo contaba ella con ingenuidad adorable, de lo fuertes y vehementes de sus cogitaciones, que le consumían más espíritu en un cuarto de hora que el estudio de los libros en cuatro días; y que en cuanto a que no estudiara absolutamente, como no caía bajo su potestad, no lo podía hacer, porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndole

ellas de letras y de libro toda esta máquina universal. Y que esa su perseguida habilidad de hacer versos era en ella tan natural que había que violentarse porque las cartas no le salieran en rima, y que escribíalos sin tener arbitrio en ello, y que aún muchos de sus sueños no los dormía en buen reposo y quietud, sino que los pasaba arguyendo, haciendo versos, razonando, afinando agudezas y resolviendo problemas mejor que cuando despierta, que eso era cosa que no podía remediar.

Yo sé que aun no cumplía siete años y ya hacía loas al Santísimo Sacramento, y que en veinte lecciones aprendió la lengua latina con su maestro Martín de Olivas, y que penetró, siendo una adolescente, en lo que otros en muchos años no alcanzan.

DON DIEGO

Esos cinco ingeniosos sonetos los copia en su diario don Juan Jerónimo, y a este propósito, se le calienta la boca diciendo cosas airadas y terribles contra el Obispo

de la Puebla, que bajo la firma de sor Filotea de la Cruz, motejó agriamente a sor Juana Inés. Publicó entonces vuestro tío un papel en que reventó en sonoras cóleras y satisfizo en él su indignación contra don Manuel Fernández de la Cruz, por las censuras que encubría el halago suave de sus conceptos y de sus reticentes elogios. Puso don Juan Jerónimo en todas sus razones la ternura de su devoto fervor para sor Juana, que fué un inextinguible granito de incienso que le aromó sutilmente la parda hosquedad de su vida austera y solitaria; pero el Obispo sí que arrojábale corajoso la formidable pesadumbre de su argumentación al redor de aquél: no conviene a la santa ignorancia que debe el estudio de las letras, porque se había de perder, se había de desvanecer en tanta altura, con su misma perspicacia y agudeza.

DON RAMIRO

Creo yo que ese Obispo, en su beatífica simplicidad, también pensaba que el estudio era grave cosa de inquisición, como

creíalo así aquella prelada de sor Juana, que fué muy santa y muy cándida; pero imagino que fué bien que escribiese sor Filotea de la Cruz esa carta un tanto severa, porque la armoniosa y clara madre jerónima trazó su *Respuesta*, ingenua, currente, sabia, en la que se transparenta todo el adorable encanto de su vida, como si estuviese su pureza bajo la límpida diafanidad de un capelo, y desde entonces en sus versos puso toda la unciosa suavidad de su deliquio, los temblores y los ímpetus de su anhelo perenne y el arrobo ferviente en que estaban sus sentidos..

DON DIEGO

No sólo don Juan Jerónimo salió a la defensa de sor Juana con la pluma enristrada, sino que, como cumple a todo rendido galán, arremetió más de una vez, no con aparejadas y sutiles razones, sino a golpes y con buen coraje y sin muchas palabras ni arremangos.

Ello fué que habiéndole encargado a sor Juana Inés el Cabildo de la Catedral el pro-

yecto del *Neptuno alegórico, oceano de colores,* o sea el arco triunfal para la entrada pública de su Excelencia el Señor Virrey, don Antonio Lorenzo Manuel de la Cerda y Aragón, Conde de Paredes y Marqués de la Laguna, tuvo con el Maestrescuela, a este respecto, largas pláticas y consultas, descubriéndole sus dudas en muchas de las alegorías y asuntos que pensaba poner en los varios lienzos que lo tendrían de formar, y después ella pulía y perfeccionaba los consejos.

Ya levantada la maravilla de este arco en una de las puertas de la catedral, la que mira a la parte occidental, en el costado derecho, por donde se sube a la Plaza del Marqués, unos colegiales, que eran seminaristas en el Real Colegio de San Ildefonso, y retóricos en el Máximo de San Pedro y San Pablo, con palabras nada galanas hicieron mofa de algunas de las décimas y epigramas latinos que allí estaban puestos, diciendo que muchas cosas de ellas no eran bien traídas, con lo cual quiso, muy come-

dido nuestro don Juan Jerónimo, demostrarles puntualmente lo contrario; pero como siguiesen los estudiantes arrimados a su parecer con más acre burla que razones, él, entonces, remitiendo a las manos la argumentación que no alcanzara la boca, lanzó tan gran puñada al que más cerca tenía, que lo hizo llegar prontamente a tierra, y acometió en seguida a otro de los bellacos, ensangrentándole cumplidamente el rostro, y a los denuestos y solturas de la lengua, añadía, con encendido ánimo, golpes a man teniente; pero los demás estudiantes se le echaron encima con furioso ímpetu, trayéndolo al batiboleo, con lo que recibió y dió buenos y sonoros bofetones, que lastimaron con curable estrago las carnes y les pusieron coloraciones azulencas y morachas y alzaron rápidas hinchazones, y diéronles a las quijadas muy dolorosos desviamientos y, de fijo, mal lo hubiera pasado, si no acallan tan prestamente la ruidosa pendencia sus mercedes los alguaciles.

DON RAMIRO

Si esa fué una gran contienda, yo sé que fué mayor y más gruesa la que tuvo con el Bachiller don Pedro de Estúñiga, canónigo de la Metropolitana, que dijo que a esa monja no sólo debía prohibírsele por el Superior de la Orden que escribiera esos poéticos devaneos, con los que sólo imitaba el príncipe numen del que ella llamaba *Apolo andaluz*, que era un tal don Luis de Góngora y Argote, racionero de no sé qué catedral española, y que con esos sus embelecos literarios traía en gran embaimiento a todo el señorío, pero que ni siquiera debían dejarla salir al locutorio, que parecía ya más bien aula máxima de universidad, que no apacible y recogido lugar de un convento de monjas. Que por convenir así al recato y modestia que ha de haber en una buena religiosa, así como al mejor servicio de Dios, ya había escrito largamente al padre Prepósito.

Echó el Maestrescuela pésetes y ardientes braverías contra el tal canónigo y lo buscó

con el espíritu encendido en rabioso furor y no logró avistarse con él en muchos días, trayéndolo, entre tanto, siempre atropellado en su saña. Pero vino a lograr su propósito una tarde en que había gran función en el convento de Nuestro Seráfico Padre San Francisco, y estando don Juan Jerónimo en compañía de otros doctores de la universidad, en el porche de la capilla de los Servitas, vió que bajaba el repolludo canónigo con lenta y gravedosa parsimonia de su muelle forlón, y a su vista se le despertó el coraje del ánimo y hacia él fuese con tendido paso, y le dijo mil oprobios y lo cargó de injurias, y puesto que lo que no ablandan razones a duros golpes se negocia, ya iba a meter sus manos airadas en tan pío varón, por lo que hubiera sido de hecho excomulgado, cuando en su intento lo atajó con oportuna presteza un contador de la Real Caja; pero don Juan Jerónimo siguió diciendo en exaltado hablar palabras gruesas y descompuestas, y a seguida, atropellando respetos, cometió terrible desacato con el

señor Inquisidor decano, don Antonio Garcés de Peralta, dándole una razonable barajadura, porque preguntó que qué era aquel tan gran alboroto y vocerío, y al enterarse por boca del mismo Maestrescuela de lo que allí pasaba, dijo que a su señoría el canónigo don Pedro de Estúñiga sobrábale razón y mucha, para producirse así de esa monja a quien debían ponerle inmediato coto a la insulsez pedante de sus bachillerías y embelecos. Mi tío, al oír tal, tomó la injuria por suya y lanzando una recia voz, que venía a ser como el despertaferro medieval, súbitamente le arrancó la dorada vara a un estirado alguacil que a su junto estaba y asestó con ella al señor inquisidor tan tremebundo porrazo en la docta cabeza que le hizo saltar bien lejos el rizado peluquín y el bonete, y mostrando aún el tesón de su saña sobre el inquisidor, levantó la mano y le dió fiera gaznatada que lo echó a rodar cuan largo era por el suelo, y dando su señoría un hondo clamor cayó en un desmayo, en el que se le hubiese ido la vida si

no se le socorre tan presto con cataplasmas y elixires.

Rodeó a don Juan Jerónimo gran golpe de gente principal para sosegarlo y calmar las rechinosas estridencias de su furor, pero oyó bien claro que don Nuño González de Arévalo, notario que era de la Cámara Real, le dijo con risueña fisga al bulero Garci-Hernández, mirándolo al sesgo, una de las varias *coplillas a lo faceto* que corrían a la sazón contra la monja, y con las que los envidiosos desahogaban su inquina, manchando la dulce y leve gracia de la reverenda madre sor Juana Inés, por lo que el Maestrescuela, estirando furioso su largo brazo por entre los personajes que estaban a su entorno, y con las manos en fiera crispatura de garra, retrajo bruscamente hacia sí al grave notario y después de zamarrearlo con impetuosa violencia, con lo que casi lo desencuadernó, lo lanzó despreciativamente como a cosa repugnante y muy para menos, haciéndolo chocar con formidable golpe en aquella gigantesca cruz que está en el atrio,

alzándose señera sobre toda la ciudad.

Levantaron la compuesta persona del notario, con una gran descalabradura en la cabeza que lo puso en peligro de morir, y ya para entonces el bulero Garci-Hernández, temiendo justamente el furor de un nuevo acometimiento, hurtó con destreza el cuerpo y puso, con diligencia, pies en polvorosa para que no le mostrara mi tío su braveza y lo fuese a santiguar a bofetones.

El poderoso inquisidor Garcés de Peralta quiso, lleno de furia, acusar y llevar en la *calesita verde* al agresor Maestrescuela, por el irresistible agravio que infirió a su grave persona, a la tenebrosa *Casa de la esquina chata*, como se llama en lengua del pueblo al palacio en que tiene asiento el temido Tribunal de la Santa Inquisición; pero la Excelentísima Señora Virreina, doña Leonor Carreto, que era muy aficionada y devota a la monja, y que hasta dicen holgóse con mucha risa del proceder de don Juan Jerónimo, diciendo que hizo bien en el repartimiento de golpes y torniscones, pues obrar

de otra guisa sería ello mengua de caballeros; al fin, dicha señora, con no poco trabajo, a pesar de su gran valimiento, logró, junto con algunos magistrados del Real Acuerdo, sosegar un tanto cuanto la encrespada furia del irritado inquisidor y la no menos ardorosa del canónigo don Pedro de Estúñiga y la enconada del grave notario don Nuño González de Arévalo, los cuales mordían la tierra de pura rabia y hasta ya tenían prevenidos unos formidables escritos llenos de enojo y de citas muy doctas y eruditas, en los que pedían para mi tío perpetua carcelería, perdimiento de bienes y de grado y destierro perpetuo de estos reinos; pero solamente recibió de su Excelencia el Señor Virrey la blandura amistosa de una breve amonestación.

DON DIEGO

Así es que por estos malos pareceres y por otros más crueles que oscurecían su fama y que desazonan y desabren, y que ahora me callo, no navegaba sor Juana tan

viento en popa y mar en leche, que sobre las palmas de las aclamaciones comunes se arrastraban con muy declarado odio hasta allegarse a la paz del claustro y al sosegado silencio de sus libros, emulaciones y persecuciones cuantas no podía ella contar, mortificándola y atormentándola y dándole harta pesadumbre y angustia, todo por causa de esa su inclinación que no sabía determinar si por prenda o castigo le dió el Cielo, pues, de oponerse o embarazarse a tanto ejercicio que la Religión tiene aparejado, reventaba como pólvora y se verificaba el *privato est causa appetitus*.

DON RAMIRO

¡Ay!, señor don Diego, amigo mío, sabéis que suelen en las eminencias de los templos colocarse por adorno unas figuras de los vientos y de la Fama, y por defenderlas de las aves, las llenan todas de púas, defensa parece y no es sino propiedad forzosa; no puede estar sin púas que lo puncen quien está en alto. Allí está la ojeriza del aire, allí

es el rigor de los elementos, allí despican la cólera los rayos, allí es el blanco de las piedras y flechas. ¡Oh, infeliz cultura, expuesta a tantos riesgos! ¡Oh, signo, que te ponen por blanco de la envidia y por objeto de la contradicción!

DON DIEGO

Muy acertado estáis, porque cualquiera eminencia, ya sea de dignidad, ya de nobleza, ya de riqueza, ya de hermosura, ya de ciencia, padece esta pasión; pero la que con más rigor la experimenta, es la del entendimiento: lo primero, porque es el más indefenso, pues la riqueza y el poder castigan a quien se les atreve y el entendimiento no, pues mientras es mayor, es más modesto y sufrido y se defiende menos.

Lo segundo es porque, como dijo doctamente Gracián, las ventajas en el entendimiento no lo son en el ser. No por otra razón es el angel más que el hombre: porque entiende más. No es otro el exceso que el hombre hace al bruto, sino sólo entender

así como ninguno quiere ser menos que otro, así ninguno confiesa que otro entiende más, porque es consecuencia del ser más. Sufrirá uno y confesará que otro es más noble que él, que es más rico, que es más hermoso; pero que es más entendido, apenas habrá quien lo confiese... Por eso es tan eficaz la batería contra esta prenda.

DON RAMIRO

El Obispo de la Puebla de los Ángeles, aunque decía que su juicio no era tan austero censor que estuviera mal con los versos, no pretendía que sor Juana mudase el genio, renunciando los libros, sino que lo mejorara, leyendo alguna vez el de Jesucristo; como si esta señora monja hubiese de por vida apartado de su vera ese libro eterno y sapiencial y no tuviese junto a sí más que aquellos otros que tratan de amables cosas profanas o que encierran la vana ciencia de los hombres o sutiles devaneos de la imaginación; y estos libros de varias materias, que en gran copia y selecta abundancia los tenía,

como lo habéis visto por los que de su librería hay en estos plúteos, ninguno era contrario a las santas y puras enseñanzas del Señor, y que al igual que con los que escribieron los Santos Padres y los Doctores de la Iglesia, apacentaba provechosamente el ánimo en su estudio, y con ellos pulió con sabiduría paciente, como a una piedra preciosa, su alma de mujer, para engastarla con sus claras refulgencias en el amor de Dios.

DON DIEGO

¡Mía fe que sí! La envidia y la calumnia se alargaron viscosas, húmedas y tenaces, hasta manchar esa dulce bondad indefensa, que sólo lograba en los ratos que sobraban a su obligación en las cosas conventuales, pues éstas, ya se sabe cuán útil y provechosamente gastan el tiempo, irse como descanso al cordial arrimo de sus libros no para escribir, ni mucho menos para enseñar, sino sólo por ver si con estudiar ignoraba menos, pues siempre aplicó al saber toda su solicitud, y en su florida mocedad en vez de

buscar galas para ataviarse y de preguntarle al espejo si le faltaba algo, rogábale llorando a su madre que la disfrazara de hombre para cursar en las aulas de la Universidad.

Adolorida se quejaba en el convento con ternura suave, mostrando sentir que la baldonaran por los aplausos de su habilidad. En un soneto de amarga y conceptuosa gracia, lleno de la elegante facilidad del retruécano, quéjase de la suerte, insinúa su aversión a los vicios y justifica su divertimiento a las musas.

DON RAMIRO

Es verdad, y ese soneto yo lo sé. Dejad que tome memoria un punto y que me complazca ahora en decíroslo para vuestro regalo. Oid, que dice así, señor licenciado:

En perseguirme, Mundo, ¿qué interesas?
¿En qué te ofendo? ¡Cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento
y no mi entendimiento en las bellezas!

Yo no estimo tesoros ni riquezas,
y así, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi entendimiento
que no mi entendimiento en las riquezas.

Yo no estimo hermosura, que vencida
es despojo civil de las edades,
ni riqueza me agrada fementida.

Teniendo por mejor en mis verdades,
consumir vanidades en la vida,
que consumir la vida en vanidades.

DON DIEGO

Y también un pesaroso sentimiento mojado en lágrimas efluye delicadamente de la gallarda retórica de estos versos, que son los finales de un dolido soneto en el que, dirigiéndose al Destino, le dice, como oiréis, de esta manera:

Dísteme aplausos para más baldones;
subir me hiciste para penas tales,
y aún pienso que me dieron tus traiciones

penas a mis desdichas desiguales;
porque viéndome rica de tus dones
nadie tuviese lástima a mis males.

Así trocaba ella en tierna melancolía lo amargo de sus dolores, porque referidos, decía, en consonante de alegre queja, hacen risueña la pesadumbre.

Y vuestro tío don Juan Jerónimo iba al locutorio y la consolaba eficazmente en sus penas y quebrantos, ensanchándole así el apretamiento del alma a aquella criatura, la más mínima del mundo y la peor que había habido, como a sí propia se llamaba con sincera modestia; pero pronto echaba de su ánimo las cuitas y pesares y la maldad que con ella usaron, que nada de esto se le aposentaba en él por mucho tiempo, y conversaba de manera gustosa, llena de gracia risueña, y como siempre agasajaba a su docto amigo con todo el rendimiento de una efusiva solicitud, lo mismo que a los demás señores calificados y damas procerosas que allí había de continuo, con choco-

late y confituras, hechas muchas de ellas con pulido refinamiento por aquellas sus manos adorables de candor y blancura.

DON RAMIRO

Y sí que era verdad, pues que si era mujer de varios talentos, docta en toda suerte de ciencias y artes, éralo en la coquinaria con mucha perfección y sapiente exquisitez, y descubrió no pocos secretos naturales estando guisando, haciéndola decir con donoso gracejo que si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito, porque harta razón tiene un poeta español al asegurar que bien se puede filosofar y aderezar la cena y, sobre todo, tenía ella bien presente lo que la Santa Madre Teresa de Jesús decía a sus monjas: «Entended que, si es en la cocina, entre los pucheros anda el Señor», para que sin dejar de entregarse a la vida interior no abandonaran las cosas de la tierra.

Y la albura de su mano cándida y leve, con pulcra idealidad de flor, escribía versos

como confitaba manzanas y membrillos, y tañía arpas y violas, y pintaba miniaturas exquisitas, como también hacía la delicada delicia de cajetas, bocadillos, mermeladas, alfajores, melindres de azúcar, susamieles y panochitas de almendra y rosadas de piñón, y los frágiles rosquetitos, y los hojaldres que bradizos, y la dorada blandura de los bollos, y aquellos suculentos y olorosos *recados de chocolate* que mandaba junto con un zapato bordado según estilo de México, como muestra de rendido, a su bella amiga la Excelentísima Señora Virreina, y aquella suavidad refrigerante de las pastillas de boca que con unos guantes de olor envía a un su querido compadre.

Pero, decidme, mi señor licenciado don Diego, ¿en ese cuaderno que con tan paciente encanto habéis leído, no cuenta ese mi fachendoso y fosco tío, el modo y manera en que conoció la adamantina pureza de esa leve flor de ensueño que le desvió la voluntad trayéndolo en penas y desvelos?

DON DIEGO

¡Ciertamente que lo cuenta! Y dice a este propósito que el Señor Virrey de Mancera le pidió un día, en una esquela, que fuese a Palacio para conferir de ciertos asuntos atañederos a las obras que se estaban llevando a cabo para dar ya debido remate a la Santa Iglesia Catedral, y al poner término a esa plática, díjole que si lo había por bien, fuese al jardín a besar las manos de la Señora Virreina, y mandó que lo condujeran a su presencia a uno de los gentiles-hombres de servicio y dice que era muy linda cosa de ver, cómo la noble elegancia de doña Leonor Carreto discurría con mucho donaire, entre algunas de sus lujosas damas, por la fresca y florecida verdura del jardín, mientras que otras jugaban a los alfileres, que es el más frívolo juego que usa la puerilidad, y que después de que le hizo el debido acato, le dijo ella lo mucho que era su gusto y complacencia porque la Señora Reina doña Mariana de Austria, a quien Dios guarde, le

escribió amable epístola, como suya que era, en la que decíale que Su Santidad el Papa Clemente IX, había ya concedido que nuestra Virgen de Guadalupe tuviese festividad y rezo propios el día de su milagrosa aparición en estas tierras, y que esta gracia habíasela pedido Su Majestad la Reina al Santo Padre, por medio del Embajador español en la Corte Romana, cumplimentando así tanto los piadosos deseos de Su Excelencia el Señor Virrey, como los de ella. Que ante esta nueva con la que la Virreina dió al Maestrescuela parte de su gozo, mostró éste la sinceridad de su complacencia por ser ferviente devoto de esa Virgen, a cuya ermita iba a rezar muy a menudo, y luego de ésto, siguió en amena charla con Su Excelencia, que le regaló unos lamedores y unas delicadas pastillas de benjuí de las que a la sazón comían las damas de su alegre corte, y que mientras la fuente desgranaba entre el plácido encanto de la tarde, toda embebida de azul y llena de una suave gracia primitiva, su fresca querella, mezclándola

a la regocijada polifonía de los pájaros, una
damisela grácil, de finura elegante, ademanes
llenos de rítmica delicadeza y de una pali-
dez suave iluminada por la tristeza pensativa
de unos grandes ojos negros, y que vestía
pomposo guardainfante de clara seda bris-
cada, recitaba versos que caían con melan-
cólica gracia entre el ámbar luminoso del
crepúsculo y en la propicia dulzura del am-
biente del jardín, infiltrando en el alma una
santa aspiración y unos recios afanes de
amar la vida y de ser bueno.

Y don Juan Jerónimo se abrasó con el
encanto de esa voz que ondulaba suave y
clara y que arrebatóle el corazón de impro-
viso y, de pronto, se quedó extasiado ante
unas mariposas que pasaron revoloteando,
pues creyó que habían salido de entre esas
palabras rítmicas y cálidas, y siguió contem-
plándolas largamente hasta que se perdieron
en el jardín, incendiado todo por la blanda
lumbre del ocaso.

Después supo que aquella dama casi ado-
lescente, leve y blanca, de una distinción

afable, y que aficionaba con su belleza, era Juana de Asbaje.

Y más tarde, invitado fué por el Señor Virrey, que estando con no vulgar admiración de ver en Juana Inés tanta variedad de noticias, las escolásticas tan puntuales y bien fundadas las demás, quiso desengañarse de una vez, y saber si era sabiduría tan admirable o infusa o adquirida o artificio o natural, y juntó un día en su palacio cuantos hombres profesaban letras, en la Universidad y ciudad de México; el número de todos llegaría a cuarenta, y en las profesiones eran varios, como teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas y humanistas, y no pocos de los que por alusivo gracejo llamaban *tertulios,* que sin haber cursado por destino las Facultades, con su mucho ingenio y alguna aplicación suelen hacer buen juicio de todo.

Uno de los primeros invitados fué el doctor en toda teología don Juan Jerónimo López de Agurto, y concurrió con todos los demás discretos varones el día señalado al

certamen de tan curiosa admiración. Atestiguaba luego el Señor Marqués de Mancera que no cabe en humano juicio creer lo que vió, pues que a la manera que una galera real se defendería de pocas chalupas que la embistieran, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas que tantos, y cada uno en su clase, la proponían entre las corteses alabanzas y ponderaciones, llenas todas de discreción y galanura, que salían del esplendor de aquella corte magnífica y galante, entre un rumor de sedas y un intenso fulgir de joyas.

Los señores virreyes le regalaron con satisfacción complacida, un ancho ahogador de perlas, y muchas damas y caballeros le hicieron vistosos presentes de valor y elegancia, y don Juan Jerónimo, vuestro señor tío, le mandó, a la siguiente mañana, un fúlgido cintillo de esmeraldas que diz que encierran en su breve campo gratos símbolos de esperanza propicios a los fieles amadores, diciéndole en el envío que si era angosto en la dádiva, era bien crecido en la voluntad.

En el suculento refresco que siguió a este certamen, él no tomó cosa alguna de las bienolientes, gustosas y ricas que sirvieron los ceremoniosos pajes, bajo la mirada procerosa y augusta del palatino maestresala. La cansada tristeza de los ojos miopes de don Juan Jerónimo caía ya reflexiva sobre las alburas del mantel, o cruzaba anhelante por entre las flores de los esbeltos ramilleteros de plata, para luego sumergirse temblorosa en el ensueño, que se tendía como liviana malla, en la serenidad dulcemente infantil de las pupilas de Juana de Asbaje.

Al levantarse de su asiento, oyó que un oidor de la Real Audiencia le preguntó a ella que si estaba complacida de aquella señalada victoria, contestándole con sencillez candorosa que de tanto triunfo había quedado con la poca satisfacción de sí, como si en la maestra hubiera labrado con más curiosidad el filete de una vainica... y el gentil abandono de sus manos dejó caer una rosa que llevaba prendida entre la leve espuma de los encajes que esponjaban su

grácil albura en el justillo. Don Juan Jerónimo la recogió con presteza y fué a quedar desde entonces cautiva entre las hojas de su devocionario, desde donde, cada vez que lo abría, exhalaba delicadamente, como en un quedo suspiro, su fragancia de cosa dulce que pasó.

DON RAMIRO

A partir de ese día tomó en él relieves y quilates una recia pasión que se prendió tenaz en la escabrosa ñoñez de su vida. El amor le tenía rotas y deshechas las entrañas. Y la blandura cariciosa de los largos mirares cordiales de Juana de Asbaje, tropezaría ya dondequiera con el enjuto y corajinoso Maestrescuela.

DON DIEGO

Y así era en puridad. En los brillantes saraos de Palacio; en las repetidas funciones de los conventos; en las lides de toros;

en los paseos a San Agustín de las Cuevas y a las huertas de Coyoacan y de San Angel, adonde con frecuencia iba la Corte a holgar; en las muchas procesiones; en los juegos de cañas, sortijas y estafermos; en los autos sacramentales, loas o comedias, con que celebraba la feligresía al titular de alguna parroquia; en los grandes festejos que se hicieron en la solemne y última dedicación de la Santa Iglesia Catedral, como en la grave pompa del auto de fe que entonces celebróse, se constituyó en su cortejo fiel, en la sombra amable que la seguía a todo sitio y lugar, mandándola obsequiar con gentiles presentes: guantes de olor, zapatos bordados a estilo de la tierra, tibores pequeños con frutas en jengibre, brillantes telas recamadas, libros preciosos que él recibía de España, cajas de laca llenas de té, y otras bellas cosas más de las deslumbrantes que venían en el galeón de Manila, que en habla popular es llamado impropiamente nao de la China.

DON RAMIRO

Con todos esos regalos de calidad y precio, harto mermó, como ya os he dicho, señor licenciado, la legítima de mi padre y resolvió la suya en humo, con otros aún mayores y desatentados despilfarros. Pero Juana de Asbaje no salió nunca de los amables términos de una buena amistad, ni en jamás se adentró él en su voluntad.

Ella amaba fervorosamente a alguien que pasaba, tal vez, inadvertido, un frío desdén ante su devota constancia, su alma estaba caída deliciosamente en un amor todo blando de ternura y de lágrimas, en un amor imposible que no podía alcanzar y que le altero la firmeza de su paz; pero ella, a su vez, desechaba de su gracia, y hacía bien, la pasión de mi tío que queríala con todo el extremo del mundo. Mientras que se le iba el corazón por otro, le causaba enfado y le atormentaba grandemente el fiel rendimiento de ese hombre mal carado y escuálido y así, acaso refiriéndose a él, dice:

Que no me quiera Fabio al verse amado,
es dolor sin igual, en mi sentido;
mas que me quiera Silvio aborrecido,
es menor mal, mas no menor enfado.

¿Qué sufrimiento no estará causado
si siempre le resuenan al oído,
tras la vana arrogancia de un querido,
el cansado gemir de un desdeñado?

Si de Silvio me cansa el rendimiento,
a Fabio canso con estar rendida;
si de éste busco el agradecimiento,

a mí me busca el otro agradecida;
por activa y pasiva es mi tormento
pues padezco en querer y en ser querida.

DON DIEGO

Es verdad, en tanto que el Maestrescuela enviaba ayes y suspiros al cielo y se llenaba de angustias y dolores porque Juana de As-

baje despreciaba el fuerte querer que le ofrecía, ella también dolíase porque el amoroso tormento que había en su corazón no lo calmaba quien ella deseaba que lo hiciera:

Al que ingrato me deja busco amante,
al que amante me sigue dejo ingrata;
constante adoro a quien mi amor maltrata,
maltrato a quien mi amor busca constante.

Y el resto de este soneto lo he perdido de la memoria, pero, en cambio, tengo vivo en ella este otro que os voy a decir, y que expresa iguales sentimientos:

Feliciano me adora y le aborrezco,
Lisardo me aborrece y yo le adoro;
por quien no me apetece ingrato, lloro,
y a quien me llora tierno, no apetezco.

A quien más me desdora, el alma ofrezco;
a quien me ofrece víctimas, desdoro;
desprecio al que enriquece mi decoro,
y al que le hace desprecios le enriquezco.

Si con mi ofensa al uno reconvengo,
me reconviene el otro a mí ofendido,
y a padecer de todos modos vengo.

Pues ambos atormentan mi sentido,
aqueste con pedir lo que no tengo,
y aquél con no tener lo que le pido.

DON RAMIRO

Grande era con todo esto la pesadumbre de esa frágil doncella que se llevaba tras de sí los ojos y las lenguas, y que pasó dulcemente como un vivo ensueño, como una sonámbula blancura por la corte virreinal, perfumándola entrañablemente con su melodiosa juventud. Pero, ¿cómo, ella llena de temblores espirituales, se iba a prendar de una telaraña sapiente? ¿Cómo ese corporisado ensueño iría a tender su malla versicolor en las horas malolientes de una vida llena de vacua hinchazón? ¿Cómo esa breve ave lírica, iría a gotear la ideal ternura de sus cantos sobre la rugosa aspereza de una enfática

bestia latinizante? ¿Cómo esa alma ultrasensible y delicada le iría a gritar toda estremecida a ese hombre feo, con cara de fraude, contrabando y descamino, con las exaltaciones de un angustioso ímpetu que expresa sentimientos de ausente:

Óyeme con los ojos,
ya que están tan distantes los oídos,
y de ausentes enojos
en ecos de mi pluma mis gemidos;
y ya que a ti no llega mi voz ruda,
óyeme sordo, pues me quejo muda?

¿Cómo le iba a labrar prisión su fantasía a ese espíritu tosco y grosero que tan a flor de tierra se inflaba de fatuidad? Esa mujer, idealmente bella y dulcemente gentil, desmayó de amores en el siglo; quereres imposibles se encendieron en su vida. El opaco estaño de las cornucopias vió correr la lentitud de sus lágrimas de amor en las penumbras de las solitarias salas virreinales, y sólo en la sombra cayó el dolor resignado y fer-

voroso de esta gran alma expectante y lírica, que irradiaba un persistente efluvio apasionado y que mantuvo siempre encendido su enigmático y amoroso designio, el cual reventó perenne en floridas explosiones de versos.

Pero no, en jamás se posó la ternura contemplativa de sus ojos sobre el encarnizado desviamiento de los de este odioso rétor, tan acompasado y seco. En jamás la apasionada delicia de una frase de amor cayó como gota de perfume en su hosco vivir, para aromarle deliciosamente los años a esa momia erudita.

Juana de Asbaje tenía, sí, qué duda cabe, altos amores imposibles; era fiel guardesa de los ocultos sentires de una pasión que nadie conoció. No pensaba, como su tan admirado don Luis de Góngora y Argote, que

> Quiere amor en su fatiga
> que se sienta y no se diga;
> pero a mí más me contenta
> que se diga y no se sienta.

¿Era esa pasión por uno de los apuestos gentiles-hombres que paseaban su gallarda prestancia por la corte? ¿Acaso por un paje rubio, lindo y lánguido, o por uno de los nobles y desdeñosos señores de alta sangre de las ilustres casas de la colonia? ¿O tal vez, ¿por qué no?, por el mismo don Antonio Sebastián de Toledo, Marqués de Mancera, Visorrey de esta Nueva España? Dulce misterio doloroso es éste que ella recató con celoso afán y que jamás se transparentó bajo la suntuosa urdimbre de sus versos, y que por ese amor, indudablemente, vino a dejar con las blasonadas elegancias y el pomposo fausto de la corte, las vanas fatigas del mundo, y se fué a respirar quietos aires de clausura a la paz acogedora y suave del convento.

DON DIEGO

Y desde entonces al pobre Maestrescuela se le llenó el alma con la suavidad de la presencia de Juana de Asbaje, y empezó a penar, y a dolerse de mal de amores, y vivía

sin vivir en sí, todo lo miraba con padecimiento, y en su cátedra se le iban fácilmente del magín los razonamientos y conceptos, y andaba a sus solas con pensativa lentitud por desviadas y solitarias callejas, trayendo siempre delante la frágil dulcedumbre de sus ensoñaciones; pero sufría puestos los ojos en el gozo de vencer, y así subíase a esperanzas alegres, y se entrajaba con el atildamiento nimio de un galán palaciano, y en las fiestas en que estaba presente el magnífico esplendor de la corte, él se mostraba más pulido y más señor, con un garbo de arrogante fachenda.

DON RAMIRO

Cierto, cierto. En la suntuosa pompa del Paseo del Pendón, y en las procesiones del Corpus, marchaba frío y desdeñoso entre el gremio universitario, con muy erguido continente, luciendo sus borlas y su capelo doctoral y arrastrando sus becas. Pero en aquellos solemnes paseos que hacía la Real y Pontificia Universidad con motivo de la

toma de grado en alguna facultad, entonces, entre los que tocaban acordadamente las trompetas, sacabuches, atabales y chirimías; entre los múltiples bedeles de ropas blasonadas que marchaban bizarros con sus mazas de plata al hombro; entre la muy lucida cabalgata de caballeros de calidad, vestidos con elegancia ostentosa, y que iban rigiendo con destreza y arte sus briosos palafrenes enjaezados con magnificencia; entre los doctores y maestros que bien montados lucían sus insignias de borla y capirote; entre todo este numeroso concurso, iba don Juan Jerónimo lleno de arrogancia sobre engualdrapado corcel, cuyo rendaje de terciopelo rojo llevaban dos gentiles pajes, y conducía a su lado al doctorando, que iba igualmente bien montado, rodeados ambos de un brillante cortejo de lacayos con libreas bordadas, y atrás de ellos marchaba el hombre de armas en un arrogante caballo a la brida, alzando en un bastón dorado el simbólico bonete de luengas borlas.

Creo yo que mejor cuadraría a su perso-

na ir a lomos de un rocín viejo y cansino, por estas veredas aldeanas, seguido de un zafio espolique y no lucir su repulsiva carantamaula por las calles de la Noble e Imperial ciudad de México, por las que su presencia iría dando pasto a la risa de las gentes.

DON DIEGO

Él enarra la aflicción y apuro grande por que hubo de pasar en la toma de grado de un seglar. Después del brillante desfile por las calles de la ciudad y cuando todo ese vistoso acompañamiento estaba en la catedral y en el muy capaz tablado que allí alzaron con gran lujo de alfombras, tapices y paramentos, y durante la misa y al amparo de la complicación del ceremonial, alargaba el constante amor de sus miradas hacia los rojos asientos en que estaba la resplandeciente elegancia de la corte, llena del policromo vuelo de los abanicos.

Y cuando decía el vejamen, ordenado por las constituciones universitarias, había bur-

lonas sonrisas entre las damas de la Virreina, que ya sabían cuánto era lo mucho y grande de su pasión y rendimiento, y refiere muy angustiado el dolor que tuvo al ver florecer una muy sutil en la breve y roja gracia de los labios de Juana de Asbaje, lo que desconcertólo grandemente.

La turbación le ocupó por completo el sentido e hizo que se le escaparan de la memoria los conceptuosos donaires de su vejamen, y un sudor se le iba y otro se le venía, y dijo mil desaciertos y desatinos en medio de un caos de confusiones, enredándosele de tal manera, en la gran complicación de una maraña imposible, los brillantes y retóricos hilos de su discurso, al cual ya no le dió cabo ni remate oportuno, sino que bajóse muy corrido y sudoroso de la cátedra todo atarantado, sin saber qué se decir ni hacer, y ya en el estrado, tampoco logró serenar el alboroto de su ánimo, ni atinó, por ende, a proponer la cuestión al doctorando, ni menos aún el disputarla con brevedad *pro utraque parte,* ni en modo alguno pudo dar-

le, cuando éste le pidió, en la concisa elegancia de una oración latina, las insignias doctorales, y seguía tan aturdido que no acertaba a tomar acuerdo, y mostraba en los colores del rostro la turbación del espíritu, y no supo contestar con la oración que ya al efecto llevaba pomposamente preparada, y apenas le fué dable, todo demudado y amarillo, ponerle la sortija y darle el *osculum pacis in signum fraternitatis;* ni pudo calzarle las espuelas doradas, ni ceñirle la espada, haciéndolo, al fin y a la postre, con lamentable torpeza, y no logrando reportarse en su atolondramiento, derramó sonoramente por los suelos las fuentes de plata que contenían el dinero de las propinas y galas y los guantes de olor que se iban a repartir, con todo lo cual estallaron vivas risas contenidas y otras saltaron triunfales y sonoras sin reparar en el respeto que se debía al lugar.

De la pesadumbre que tuvo, vino a enfermar de una pertinaz calentura, por lo que varios de los doctores del Real Protomedi-

cato fueron acordes en que el alma se le iría sin remisión del cuerpo, arrancada por la insistencia de esa fiebre que en él se le aposentó extravasándole los humores.

DON RAMIRO

A ese caballero doctorando es al que le da el parabién Juana Inés en aquel romance, lleno de donosura y habilidad, diciéndole:

Gallardo joven ilustre,
que en bien logrados abriles,
de sazón temprana ofreces
frutos que el otoño envidie;
tú, que en gloriosa palestra
de las literarias lides,
al alto honor de la ciencia
nuevo añades, sacro timbre.
. . . . . .

Por lo que se agrió mucho más la fétida acidez del humor de mi tío, pues los celos le amargaban el gusto y el sosiego; pues debió de haber barruntado algo de la oculta

afición que al Virrey tenía Juana Inés, porque a pesar de lo bien tratado y querido que fué siempre de él, por lo que debía satisfacer al beneficio recibido, teniéndole obligación, al igual que a sus cosas, porque en jamás le dió el de Mancera armas para que en su contra las volviera, ni mala razón que lo viniese a desazonar, sino que, muy al contrario, tenía mi tío adquiridos tantos derechos a su agradecimiento tan sólo por el mal acuerdo de gustar el Virrey de su trato y holgarse con su amistad, aparte de otras muchas y grandes mercedes recibidas que no eran para que hablase siniestramente de Su Excelencia.

Mirad, recibió harto bien y no devolvió sino asperezas, mal genio y perfidias.

DON DIEGO

Eso es de mucha exactitud, porque se descosió de conciencia y lengua, criticando con gran despecho y regaño que fuese el Virrey tan tarde a los oficios divinos, con lo que impacientaba, no sólo a los padres ofi-

ciantes y predicadores, sino a toda la gente, que al fin se iba cansada del largo esperar, y refería, además, dondequiera, ejercitando su iniquidad, que aunque Su Excelencia se opuso al aumento de la trata de negros, no fué por virtud su negativa, sino por hábil negocio, porque para su provecho él en grande escala la mantenía, teniendo así a ganancia su dinero; y que con las tan celebradas obras que llevó a cabo en Veracruz, para ponerla en estado de defensa, fueron buenas las talegas de onzas que se vaciaron en sus arcas particulares, y no menores fueron también de las que dispuso ilícitamente procedentes del señoreaje de la Casa de Moneda; y que en aquella tan sonada sublevación de los mulatos tuvo mucho que ver, y que también subidos rendimientos le produjo el levantar las tan flamantes compañías de arcabuceros que fueron a reprimirla; y que usando de hábiles diligencias y fraudes en eso de los azogues, lucidas y suculentas eran las aportaciones que a diario tenía de dinero; y que con harta frecuencia cargaba en

los navíos por mucha suma de plata, *ropa de China,* que enviaba al Perú, siendo como está aún terminantemente prohibido por innúmeras leyes todo comercio y tráfico entre este reino y aquél, por convenir así al real servicio; y que no le era nada fiel a la Señora Virreina, soliendo andar Su Excelencia en bureos con galanes nocherniegos, y en amorosos requiebros con otras damas; y no sé cuántas terribles cosas más refería vuestro tío, asegurando sus sospechas y las tenía, con harta insidia, por certeras.

En todas las reboticas, tertulias y corrillos de la Universidad, encrespaba ferozmente sus palabras de punzantes y malas ironías, y como a moro muerto gran lanzada, desfogó contra el de Mancera, la acerbidad de sus deseos, haciendo de su lengua navaja cortadora, cuando el Marqués, ya en la corte de España y después de haber pasado con bien su proceso de residencia, se puso con otros levantiscos magnates a la cabeza del partido francés, que asentó a poco en el trono al buen caballero don Felipe de Anjou,

que vino a llamarse Felipe V, y no son para contadas las afrentas y escarnios con que baldonó con esta ocasión al prócer don Antonio Sebastián de Toledo.

DON RAMIRO

Entonces escribió un hastioso papel, que yo he tenido la suma paciencia de leer, Dios me tome esto en cuenta para remisión de mis pecados, y en que hipa y suda el muy menguado, por demostrar que las mancerinas, estas cómodas y señoriles mancerinas, en las que se dice que el Señor Virrey de Mancera ostentó su inventiva, y que de allí el que tengan el claro prestigio de su nombre, porque los pajes que solían llevarle el chocolate lo vertían sobre el plato o la limpia salvilla, en que se asentaba el pozuelo, que él gustaba fuese rebosando con la quebradiza filigrana de la espuma, y al caer el líquido mojaba lamentablemente aquellos tiernos y dorados bizcochos que de todos los conventos le enviaban las monjitas, y ese derramamiento era cosa no muy pulida

de ver según las reglas de un pulcro yantar.

Pues bien, afirma en su lucubración mi desapacible y catarroso tío, que muchos años antes de que viniese a gobernar esta parte de las Indias Occidentales el buen Marqués de Mancera, ya en las Filipinas eran de antiguo bien conocidas las aquí llamadas mancerinas, y cita el nombre, que en este instante no se me acuerda, del que las ideó en aquellas tierras lejanas, y afirma que hasta así asiéntalo en su crónica el ameno y fácil cronista de una orden religiosa, de cuyo nombre ya no me acuerdo.

DON DIEGO

Y, por fin, mi buen don Ramiro, Juana de Asbaje huyó la sombra de su bien esquivo, quien quier que fuera él, y entró en la apacible dulzura del claustro, remanso amoroso de sosiego y de paz, que va infiltrando lentamente su calma sedativa en el alboroto del espíritu y lo aquieta y aduerme con ternura hasta ponerlo en serenidad y ungirlo de placidez.

Entró de novicia Juana de Asbaje, vacilando algo en la determinación, al convento de San José, de Carmelitas descalzas, andados catorce días del mes de Agosto del año de Nuestro Señor de 1667, y los Señores Marqueses de Mancera invitaron a don Juan Jerónimo, entre otras muchas granadas personas, a la toma de hábito; pero él, enviándoles una muy cumplida excusa, fuése al Hospital del Amor de Dios, con su hermano en ciencias y maestro en virtud, como el sabio don Juan de Alba Ixtilxochitl, descendiente de los reyes de Texcoco, llamaba a don Carlos de Sigüenza y Góngora, y en cuya amistad refugióse angustiado y doliente el Maestrescuela, llevando en sus ojos una vaguedad de melancolía, y ya en la amable intimidad de la celda de este buen capellán, lloró larga, muy larga y desconsoladamente.

DON RAMIRO

Pero poco duró, a lo que entiendo, su estada en ese convento de San José, de Carmelitas descalzas, pues salió Juana Inés con

la salud fatigada de continuas dolencias y como un demacrado lirio de ensueño, porque la regla era allí dura, áspera y bien rígida para la débil idealidad de su cuerpo, y entonces fuése al dulce acogimiento, lleno de quietud balsámica, del Real Monasterio de San Jerónimo.

DON DIEGO

Ese convento fué el mar pacífico, en que, para ser peregrina (1), se encerró a crecer esta perla, y en su mansa placidez, llena de fragante frescura, vivió lejos del siglo, y allí su alma selecta y prócer radió toda su perfección y gracia y vivió con espíritu fácil y serena alegría, hasta que la llamó Dios para sí en una muerte suavísima, en la amanecida del 17 de Abril del año de gracia de 1697, en la que rindió apaciblemente su alma, no

(1) Se alude aquí a la magnífica perla de la Corona de España, llamada así, *La Peregrina*, que es de un gran grosor y de un muy delicado oriente, y que el rey poeta, don Felipe IV, a quien Dios tenga ya en gloria, usaba con predilección de toda otra alhaja en el joyel de su sombrero.

sólo con serena conformidad, sino con vivas señales de deseo, y despidióse con tierna dulzura de su místico esposo hasta más ver y presto.

A su profesión asistió, con toda la corte, la magnífica nobleza de México, y lo más señalado de los cabildos seglar y secular; pero don Juan Jerónimo también huyó la lucida gravedad de esa ceremonia, pues andaba con el humor muy torcido y melancólico y dentro de sus palabras le temblaba siempre una angustia de llanto.

DON RAMIRO

Entonces se retrajo bruscamente mi tío, con el semblante vestido de sombras y ceño, al apartamiento de su morada, y escandecido por la amorosa fiebre, quería irse al Perú a cubrir en la Ciudad de los Reyes con las tinieblas de la soledad, su desconsuelo y su penar; pero el hábil botanista doctor don Rafael Rodríguez Naharro, que era Rector de la Real y Pontificia Universidad, y el catedrático de matemáticas, don Carlos

de Sigüenza y Góngora, que a la sazón ya estaba jubilado, pusieron toda su amistosa solicitud para que no llevara a seguro esa su determinación, y para templarle el sentimiento que tenía, y lograron, sí, retraerlo de su empeño, y mal año para ellos, digo yo, aunque con buena entraña y fin obraron de ese modo; pero la santa de mi madre hubo de soportar la ríspida acrimonia de este inveracundo hi de... tal, que desahogaba sobre la dulce paciencia de ella las bravas bizarrías de su carácter resquemado y renconcomido.

DON DIEGO

Esos varones de tan excelsas partes, dice él que tomaron la amable tarea de serenarle el espíritu, y al fin lo alcanzaron y le sosegaron las alborozadas ansias del corazón; y aunque de pronto se negó en redondo a que lo llevaran al locutorio de San Jerónimo, poco después, ya ensanchado el apretamiento de su alma, siguió frecuentándolo casi a diario, haciendo de él casi mo-

rada, que allí alegrábasele la fría severidad de sus ojos miopes en las largas pláticas que, con la boca henchida de ciencia y saber, tenía con la dulce y suavísima madre sor Juana Inés de la Cruz, que mostraba siempre magnífica su penetrante aristocracia espiritual.

DON RAMIRO

Con el sapiente Sigüenza y Góngora tuvo mucha y grande amistad, y de ello se gloriaba con íntimo deleite y complacencia, así como de la eficaz ayuda que le prestó en muchos de sus estudios e investigaciones; entre otros, para el *Teatro de virtudes políticas que constituyen un buen Príncipe,* y que no es, como bien lo sabéis, sino la puntual descripción del arco que tuvo encargo de proyectar para la solemne entrada pública del Señor Virrey, Conde de Paredes, escrito que sujetó don Carlos a la amable censura de la donosa sor Juana, quien le hizo un cumplido elogio, diciendo de él grandes bienes en un soneto, que por cierto no está

en los tomos de sus obras, y a las mientes me vienen ahora los tercetos, que bien oiréis cómo dicen, que dicen así:

No el sacro numen con mi voz ofendo,
ni al que pulsa divino plectro de oro,
agreste vena concordar pretendo.

Pues por no profanar tanto decoro,
mi entendimiento admira lo que entiendo,
y mi fe reverencia lo que ignoro.

Y también a esta monja preclara el Maestrescuela, mi tío, la aconsejó, con advertido tino y con mucha prudencia y madurez, para el mejor arreglo del arco aquel que el cabildo de la catedral rogóle de formar y que se alzó magnífico, en la Plaza del Marqués, donde tuvo el empeñado lance con los estudiantes.

DON DIEGO

Por entonces hubo de aparecer ante el admirado temor de las gentes un cometa, que tendía la suntuosa pompa de su cauda

por el limpio cielo de México, sereno y azul, como lago encantado, en el que temblaba la dulce ascua de los astros. Don Juan Jerónimo iba al Hospital del Amor de Dios, y desde una de sus elevadas azoteas, junto con Sigüenza y Góngora, noche a noche, ponían en un callado éxtasis su larga contemplación ferviente. . .

DON RAMIRO

Recuerdo ahora que la pluma admirada y admirable de Sigüenza trazó, a este propósito, su *Manifiesto filosófico contra los cometas,* en el que dejó impresa mucha de su sabiduría, y que tuvo empeñados impugnadores, entre otros al padre jesuita Eusebio Francisco Kino, *absolviendo al cometa de ominoso,* y que acababa de llegar a estas américas regiones desde sus natales tierras de Germania. Este fascículo del padre Kino fué tan del gusto de sor Juana, que dedicóle un soneto que sutilmente resume su admiración; pero don Carlos contestóle al jesuita su crítica con un nuevo escrito, que

rotuló *Libra Astronómica*, en el que le sacó a luz yerros y falsedades. Y un don Martín de la Torre, caballero flamenco de harto buenas prendas, cuyos ejercicios eran los de las letras y que hallábase a la sazón desterrado en Yucatán, también combatió el *Manifiesto*, y a él, don Carlos respondióle con presteza, con el formidable *Belorofonte matemático contra la quimera astrológica de don Martín de la Torre.*

DON DIEGO

Habla, y por extenso, el Maestrescuela de esas torpes impugnaciones y de lo que a ellas contestó don Carlos, y que esto tuvieron de resolverlo ambos desatando dificultades en buen acuerdo y concierto, y que no pocos de los párrafos de esos escritos salieron con todo donaire, floridez y lozanía, de las puntas de su péñola, y que el título del papel contra el caballero flamenco fué entero de la sutil gracia de su invención.

Una noche en que contemplaba el dicho cometa en su imperceptible vuelo sideral, y

llevado por su entusiasmo, perdió el equilibrio que guardaba sobre un resbaladizo pretil, cayendo en formidable y estruendosa caída hasta el patio de una casa lindera, en cuyas losas paró todo desencuadernado y sin huelgo y lleno todo de sangre, rompiéndosele el apolillamiento de no sé cuántos huesos. Pero el horror de esa caída fué después para él un sutil y refinado goce de mieles, porque la monja insigne le envió hasta su lecho, donde yacía todo entrapado, lleno de bizmas y clamores, un romance en que se dolía de sus desgracias.

Largo tiempo adoleció en el Hospital del Amor de Dios, y quedóle la salud cargada de continuos dolores, además de una perenne cojera, fruto de aquella estupenda caída astronómica.

DON RAMIRO

Debió haber quedado allí con toda su ciencia y malhumor, y que cuervos hambrientos devoraran la gusanosa putrefacción de sus carnes.

DON DIEGO

¡Por Dios! Tened ya más caridad y condescendencia; ya no carguéis de injurias la memoria de vuestro tío, que si estuvo en propincuo peligro de darle puerta a la muerte con esa alta caída, acercóse más a la vera de ella con otro recio trabajo que padeció.

En las placenteras tertulias que había en el Hospital del Amor de Dios, se hablaba cierta tarde de la muerte de don Fernando de Valenzuela y Enciso, Marqués de Villasierra, que llegó en destierro a la ciudad de México perseguido de su misma fortuna, procedente de las Islas Filipinas, en cuyo Castillo de Cavite estuvo luengo tiempo en estrecha cautividad, después de haber sido Conservador del Consejo de Italia, Capitán General de las costas de Granada, Primer Ministro de España y su Gobierno, y Caballerizo Mayor de la Reina Gobernadora la prosaica doña Mariana de Austria, quien después de llevarlo hasta la exaltación mons-

truosa de tales empleos y dignidades, y más aún, hasta la intimidad de un sabroso afecto particular, aniquiló esa grandeza y lo bajó rápidamente hasta un lejano destierro, cerrando la puerta a todos los ruegos, lo que prueba lo tornadizo y mudable que es el favor de las reales personas.

DON RAMIRO

El Duende, y excusad, señor licenciado, el que os interrumpa, que quiero, ya que se hace ocasión, sacar a plaza mi saber, *el Duende*, digo, como llamaban a ese desventurado Ministro, que llevó en popa los aires de su fortuna, murió, recuerdo, de una patada que en parte noble le dió un caballo, y aquí entretenía sus llorosas nostalgias rimando comedias y componiendo otros libros llenos de discursos y de especulaciones doctrinales que tienen donosura y estima, y recordando con entrañable dulcedumbre a su mujer y a su hijo y, acaso, aquellas sus gratas horas de sensualidad robusta que tenían un fuerte alentar de vida en el retiro

del real camarín y en la austeridad de aquella corte, con negros terciopelos y gris de sayal, fulgores de cirio y lentitud grave de exorcismos. Y aquí vino a acabar a esta Nueva España de mala manera y transido de melancolía. Fué embalsamado su cadáver, y se le dió sepultura en la iglesia de San Agustín, con cuya religión tenía hermandad.

DON DIEGO

Esas son puntuales noticias que ignoraba yo del todo y que os agradezco que las hayáis dicho, y yo, a mi vez, os decía que en ese su manuscrito cuenta vuestro tío don Juan Jerónimo, que estando en esas pláticas en que don Fernando de Valenzuela y Enciso era el ejemplo vivo de lo poco en que debe ser tenida la real privanza, viniendo a durar más que ella la verdura de las eras con ser de suyo tan fugitiva, y que siendo esto muy para tenido en cuenta, no determinábase a aceptar Sigüenza y Góngora el convite que el Rey de Francia y de

Navarra, Su Majestad Luis XIV, había tenido la alta dignación de hacerle, para que pasara a su corte, donde disfrutaría pensiones y sueldos.

Todos los señores de la tertulia hacíanle fuerza a don Carlos a que viniera a consentir en la aceptación de ese señalado favor que dispensábale el buen Rey Sol; pero él alegaba razones en favor de su insuficiencia y negábase, con toda firmeza, a pasar a la frívola y muelle elegancia de esa corte corrompida y magnífica, y sólo acallando su escrupulosa humildad, había aceptado el título de Cosmógrafo Regio, de que le hizo gracia la Sacra, Católica y Real Majestad del Rey don Carlos II.

Lo seguían cercando las razones y pareceres de sus amigos y atajaban con viveza las que él oponía, cuando avisáronle de que en la Plaza Mayor había estallado un furioso tumulto a consecuencia de la grande escasez que había de mantenencias y de lo mucho que los comerciantes alzaron el coste de las pocas que había en la ciudad, poniendo

gran culpa de ello al virrey, Conde de Gelve, y se tenía ya por cosa imposible el adquirirlas, con lo que encorajinóse el populacho y que andaba todo revuelto y declarado, y al fin, puso fuego a los *cajones* del Parián, y a gran parte del Palacio Virreinal, lapidando, además, con furia el del Señor Arzobispo, y dando nuevo aliento a su furor, ya trataba de incendiar las Casas de Cabildo, y las tropas del Gobierno que tiraron hacia el tumulto, sufrieron varios desbarates al querer impedir todo esto.

Acordóse don Carlos que en los archivos de esas Casas, guardábanse los interesantes libros de cabildo y los capitulares junto con muy raros códices y muchos expedientes que encerraban importantísimas noticias para la historia, y fuese con toda presteza y diligencia seguido de sus buenos amigos a la plaza, llena de estridente vocerío que se esparcía pavoroso por toda la azul anchura de la tarde.

Y ya allí, atravesando por entre la algarera turbamulta del motín, que llenaba ra-

biosa a más de la enorme Plaza Mayor, la del Marqués y la del Volador, el cementerio de la catedral y todas las calles contiguas, llegaron don Carlos y sus amigos con no poco esfuerzo, cabe las dichas Casas de Cabildo, y no siéndoles dable entrar, que la planta baja era toda ella una hornaza formidable, valiéronse de escaleras y forzaron sin dilación las ventanas para penetrar a las estancias en que estaba la vetustez venerable de los caros papeles, cuya anímula dulce parece que a don Carlos le habló al oído con suave y melancólica terneza, para que se moviera súbito su amor, y los pusiera en salvamento, ya que él sabía oír con entrañable ternura, la sutil queja de las viejas cosas abandonadas.

Y así fué como dióse harta prisa y buena maña para sacar esos papeles de las cámaras en que estaban confinados y a las cuales ya llegaba trémula la destructora invasión de las llamas. Y el Maestrescuela no fué de los que anduvieron tardos en ese menester, antes bien, con el rostro fuliginoso y con

gran diligencia, arrojaba los preciados cartapacios a la calle, y después de haber libertado los últimos, a los que ya se estaba allegando el fuego, el repentino desplome de un muro le alcanzó con algunas piedras que desconcertáronle nuevamente la vetustez de los baldados huesos, con lo que dió consigo en el suelo y con las ropas ardiendo, porque hasta él rápidamente alargaron su insaciada voracidad las llamas, y hubiera quedado a poco más convertido en cadáver, en polvo, en sombra, en nada, de lo que os habríais holgado, según es el poco aprecio que le tenéis; pero Sigüenza y Góngora y el licenciado don Francisco Esquivel, que acababan de librar del incendio el estandarte de la conquista que salía en los paseos del Pendón, al ver a don Juan Jerónimo en tan recio apuro, lograron valerle, acudiendo a él oportunamente, y sacándolo del peligro, lo pusieron a salvo en el Portal de las Flores a la sazón en que ya entraba a caballo por la calle de los Flamencos el muy garrido y magnífico señor don Juan Alonso Altami-

rano de Velasco y Castilla, Conde de Santiago de Calimaya, junto con su hermano don Fernando de Velasco, seguidos ambos de muy lucida comitiva de señores principales, y calmó el prócer señor con sólo su presencia a los tumultuarios, que se acomodaron sumisos a obedecerle, y el férvido bullaje de cólera trocóse pronto en cálidos vítores y aplausos bajo el fulgor de los incendios que untaban en el cielo nocturno la siniestra esplendidez de su cárdena coloración.

DON RAMIRO

Yo supe que de ese suceso mucho fué el tiempo que estuvo encamado. Y de fijo, del Monasterio de Nuestro Padre San Jerónimo, le enviarían las monjitas muy eficaces reliquias, suculentos caldos de pollo y los tazones talavereños con amarillas jericallas.

DON DIEGO

Ciertamente que así sería, y sor Juana nés hubo de mandarle una laminita de cobre que ella ennobleció pacientemente con

el suave y gustoso encanto de una pintura de la Virgen de las Mercedes, diciéndole en una misiva, que mientras que ella pintábala con falsos silogismos de colores, le había pedido con gran fervor le hiciera la gracia de amenguarle las dolencias que lo postraban, y que cuanto antes, lo viese con su fácil discurrir ya libre de la cama.

Y aunque en la ciudad mordieron vorazmente con pasquines su hazaña, eso, digo yo, le importó un ardite, puesto que la monja le envió la muy pulida gala de un romance en que recordaba con gracia gentil cómo cierta vez en el locutorio él le decía tener el alma de nieve, y cuyos bellos principios son estos:

Allá va, Julio de Enero,
ese papel, no a tus manos,
al alma sí, que si es nieve,
será de mis tiros blanco.

Arma de loriga el pecho,
anima aliento bizarro,

y a puntas de mis desdenes
marmóreos prueben reparos.

Dilata del corazón
los senos más reservados,
y en inútiles defensas
dobla a mi valor el lauro.

Arma el alma de cordura,
de sufrimiento el cuidado,
de reflejas lo atrevido
y de prudencia lo vano.

Que no bastara a librarte
de mi desdén irritado,
ni las defensas del pecho,
ni los esfuerzos del brazo.

Pues llevo para rendirte,
por ministros del estrago,
enojo que brota furias,
desdén que graniza rayos.

. . . . . .

. . . . . .

Todo lo cual llevaríale una suavidad de reposo y frescura y más alivio y consolación a su pobre ánima que todos los jaropes y potingues de botica y que muchas de las reliquias dentro de la fina curiosidad de sus vainicas bordadas, y conste, conste, que digo esto de las reliquias, mi señor don Ramiro, no en son de burla para esas santas cosas, sino que con sencillez espiritual lo expreso así porque soy cristiano católico, devoto y pío.

DON RAMIRO

Por tal os he tenido siempre y sabéis, como yo lo sé, que no es bien hacer burla de donaire o pasatiempo con las cosas santas.

Después de que se le repuso la salud a mi tío y que volvió a su cátedra de Prima a teorizar horriblemente como siempre lo hacía, tramando aquellas inacabables disputas sobre *flúidos, eseidades y quididades,* y expandiendo el largo aburrimiento de su verbosa dialéctica, crespa de *ergos, negos, deme el vicio, distingos* y *secumdum quid,* llegó el

mes de Agosto en que se hace con muy lucida pompa el paseo del Pendón, y como por apremiantes cédulas y provisiones reales estaba ya prohibido el que la comitiva se entrase en portales y zaguanes en busca de refugio, como en otra época se hizo, cuando caía uno de aquellos nutridos aguaceros que en ese mes son de tanta y abundosa frecuencia, y que luego que escampaba volvía a continuar la interrumpida solemnidad del paseo.

Ese año, apenas el Alférez Real acababa de sacar el Pendón de las Casas de Cabildo, siguiéndolo mucho cortejo de caballeros y de criados lucidos, cuando desatóse violenta turbonada rompiéndose los cielos con agua, y cuando llegaron a la iglesia de San Hipólito iba ya mi bombástico tío, don Juan Jerónimo, al igual que todos los de la procesión, del todo empapado como si anduviese entre un río, y como al terminar las fastuosas vísperas que allí celebrábanse, no amenguara en nada el tormentoso llover, que seguía cayendo a canal, organizóse nue-

vamente bajo su inacabable furia la suntuosa comitiva que fué a acompañar, como es mandado, a su Excelencia el Señor Virrey hasta su real palacio, y dejando luego el Pendón en las Casas de Cabildo, condujeron a su morada al Alférez Real, en la cual, como era de rigor, todos los del acompañamiento tuvieron un regalo abundante y gustoso de conservas, colaciones y de los exquisitos de la tierra que es tan propicia y abundosa en ellos, y durante todas las largas horas que duró la fiesta y el convite, trajo mi tío pegada al reseco pergamino del cuerpo la constante frialdad de las ropas todas empapadas en agua, y al fin, sobre él vinieron a secársele, porque se negó a mandar pedir otras con que mudar las mojadas, como casi todos los caballeros se las cambiaron por las que trajéronles de sus respectivas casas.

Con esto se le rindió rápidamente la salud y le vino a poco el tabardillo o matlazahualt, del que había peste en la ciudad; ardores interiores le pacían las carnes, y por más

empeño que pusieron los doctores, no les fué dable el sanarlo y la muerte lo ejecutó con las congojas de la enfermedad, y haciéndolo escupir el alma, se apagó por siempre la agria rudeza de ese existir, como lo dice, y ya lo habéis visto, la leyenda que decora el retrato, a veintitrés días andados del mes de Agosto del año de Nuestra Redención de mil seiscientos y noventa y cuatro años, día martes, a las cinco de la tarde, y se le dió tierra a su cuepo en la iglesia del Real Convento de Jesús María.

La Real y Pontificia Universidad de México, le hizo, conforme lo asentado en sus constituciones, las honras fúnebres con la pompa que allí se manda, diciendo el elogio póstumo de tan horrible difunto, el señor don Carlos de Sigüenza y Góngora.

DON DIEGO

Ese mismo dulce y canoro cisne mexicano, como le llamó sor Juana Inés de la Cruz, también dijo la oración fúnebre en las exe-

quias de esta excelsa mujer, que rindió su pura alma a Dios al año siguiente, el de mil seiscientos noventa y cinco, en que entró al Convento una epidemia tan pestilencial, que de diez religiosas que enfermasen apenas convalecía una. Y como la madre Juana era de natural muy compasivo y caritativa de celo, asistía a todas con santa asiduidad, con lo que tomó el contagio de aquel grave mal, que si bastó a quitarle la vida, no le pudo causar la turbación más leve en el entendimiento.

Al punto que se conoció su peligro se llenó convento y ciudad de plegarias y víctimas por su salud, y ella, llena de templanza y placidez, sonreía, sonreía dulce y blandamente... hasta que el 17 de Abril a las cuatro de la mañana de la Dominica del Buen Pastor, se echó la llave a una bienaventuranza eterna al rompérsele aquellas débiles fuerzas con que estaba asida el alma y entre tanto deslizaba por sus labios con lentitud amorosa el santo nombre de Jesús, que como amigo fiel, le hizo compañía hasta los últimos

suspiros, y sólo ella estaba conforme con la esperanza de su muerte que todos temían.

DON RAMIRO

Sí, también la muerte allegóse a la embalsamada quietud del Convento de San Jerónimo y a muchas de aquellas vidas que allí tenían un delicado alentar, aventólas con fiero soplo como a un puñado de plúmulas de nieve, que en un grácil revuelo se fueron a acoger entre el amplio amor de los brazos de Cristo Jesús, su caro Dueño.

El alma, diáfana de inocencia, de la venerable madre sor Juana Inés de la Cruz fué de las que se partieron serenamente de este bajo mundo murmurando, transida de amor santo, la ardiente sencillez de jaculatorias y llena de confianza en la suprema voluntad del Señor.

Muchas veces cruza con serena lentitud por mi sueño, con su mirada melancólica y cordial, y con sus largas manos afiladas y pálidas, desfallecidas sobre el pecho y ro-

deada toda ella de oros bizantinos como una ideal santa de leyenda.

DON DIEGO

Pléguele al buen Dios tenerla ya asentada a su vera, deparándole su misericordia igual merecimiento a vuestro tío don Juan Jerónimo López de Agurto, ya que siempre estuvo cercado de congoja y dolor y fueron grandes y muchas las penas de amor que tuvo en este bajo mundo que le robaron del corazón toda su paz. . .

Pero, ¡válgame!, en estas conversaciones tan largas y prolijas que hemos tenido, se nos fué en un rápido ir toda la tarde y ya estoy oyendo ahora el toque de ánimas que desciende de la torre con su grave lentitud litúrgica y, ved, las sombras han tomado cabal aposentamiento en la amplitud de esta estancia.

DON RAMIRO

Mirad, don Diego, justamente aquí llega con luces mi señora ama de llaves, doña Malvina Bermúdez.

La diligente ama de llaves del rico señor don Ramiro López de Agurto era una solterona vieja y cándida. Bajo el gris atirantamiento del pelo, sus ojos se abrían con inocencia infantil, que tenía una sencilla consonancia con la sonrisa que andaba ligera y finita por su boca hundida y breve, y también había una secreta afinidad con la ingenua complicación de sus largos zarcillos de oro; la agilidad de sus manos rugosas, llenas de tumbagas, alzaba con inquietud y mimo las puntas del delantal que casi cubría, al dar vuelta por su cintura, la amplitud de sus limpias y sonantes haldas de pulcra solterona.

Y poniendo sobre la mesa el alto candelabro de plata con dos luces, dice complacida doña Malvina abriendo con cariño los brazos, y luego junta entrambas manos sobre el pecho:

Santas y buenas noches sean las que tengan vuesas mercedes.

DON RAMIRO

Muy santas y muy buenas también las tenga usted, doña Malvina.

DON DIEGO

Que todas las de su vida las pase en cabal salud y contento, lo mismo que los días, y que éstos vengan a ser los de muchos y felices años.

DOÑA MALVINA

Gracias, señor don Ramiro; gracias, señor licenciado. Y excusad el que no haya venido en antes con estas luces, que yo pensaba que andarían vuesas mercedes en la sonada función de la Iglesia Mayor, oyendo al licenciado don Pedro de Avendaño Suárez de Souza, que tiene tan gran fama de predicador que suspende y encanta los ánimos.

Se cuenta de él por allí, que lleva predicados más de trescientos sermones, todos

con aplauso, y que tuvo una reñida contienda literaria con el arcediano de la Catedral de México, el cual en todo lugar y ocasión hacía gran gala de sus estudios de Salamanca y de sus enseñanzas de Alcalá, y de que daría aquí el método de predicar en España, y que a este ampuloso arcediano, que por cierto era vizcaíno y se llamaba don Diego Zuazo Coscojales y estaba emparentado con la señora virreina Duquesa de Alburquerque, diz que le hizo el padre Avendaño una crítica picante de un cierto sermón y fué por esa causa expelido de la Compañía de Jesús, reduciéndosele al estado secular en que se encuentra, y hoy por hoy, tenemos la gran dicha de que venga a predicar a nuestra Santa Iglesia Mayor traído por la meritísima Cofradía de los Talabarteros, de cuyo titular ahora celebran la fiesta con gran pompa, y como sé que toda la gente de ingenio y letras de esta villa se ha movido para oírlo, por eso barrunté que vuesas mercedes allí estarían deleitándose con su palabra.

DON DIEGO

No, no tenga apuro, doña Malvina, que estábamos bien hallados entre estas sombras propicias, y eso que hanle referido del padre Avendaño Suárez de Souza es todo de gran certeza, pues es varón de hartas letras y mucho seso, y aunque sí es bien notorio que dejó en gran corrimiento con sus críticas más que picantes a ese infatuado arcediano que ofendía en extremo a los criollos y que, según él, poseía teología de Alcalá y grandes saberes de Salamanca, no fué por esta causa, sino por muy otras, expulso de la Compañía de Jesús.

DON RAMIRO

Pero, dígame, doña Malvina, ya estará prevenida la cena, que el señor licenciado justo es que haga penitencia esta noche sentándose a mi mesa.

DOÑA MALVINA

Sí, señor; puntualmente iba a rogar a vuesa merced que no le deje partir y que se quedara a cenar en vuestra compañía, que los mantecosos palominos que nos envió el señor racionero, yo misma los he estofado y he hecho unas ricas empanadas de pebre y la grata suculencia de otras cosillas más, que no habrán de traerle desagrado, y ya he subido dos botellas de vino añejo de Yepes, del que con tanta razón le place mucho al señor licenciado.

DON DIEGO

Pensaba yo ir esta misma noche a hablar de mi negocio con el flatulento deán y con don Blas Ostolosa, juez de Testamentos y Capellanías, para que firmen los memoriales que tendré de enviar al señor Corregidor.

DON RAMIRO

Eso lo haréis mañana de contado. Ahora, si lo habéis por bien, cenaremos aquí y lo

mismo mañana, que quiero que probéis esas torrijas en que mi doña Malvina no tiene par, y unos artaletes de aves, y una pierna de carnero lardeada que es para gusto y dejo de los más ambiciosos paladares, así como unos mostachones, susamieles y alfajores y, sobre todo, una mistela de guindas y vino rojo de Méntrida que es como un don alegre y delicado que nos enviase el cielo por nuestras buenas obras.

DOÑA MALVINA

¡Por Dios! ¡No tanto, no tanto! Y no sea tan ponderativo vuesa merced. Pero ciertamente que haré eso, señor licenciado, y aún algo, algo más, cuyos condimentos y salsas los ha inventado la rudeza de mi pobre razón; pero ahora disimule las viandas que no le parecerán la más regalada cosa. E id, señores míos, al comedor cuando creáis esto oportuno.

DON RAMIRO

No se apure, doña Malvina, por el mal aderezo de las viandas, que, dígolo por mí, cuando hay hambre no se recusa vino ni manjar. Y vamos al comedor, mi querido señor licenciado, que ya estoy alampando, con perdón sea dicho.

DON DIEGO

Cuando lo ordenéis os seguiré y muy complacido por la amable fineza de vuestro convite.

DON RAMIRO

Vamos, pero esperad un punto que tengo que despedirme de ese mi tío, de tan repelente carantamaula, haciéndole el rendido acato que he por diaria costumbre presentarle.

DOÑA MALVINA

¡Ay!, ¡ay!, señor don Ramiro, mi señor don Ramiro, no haga eso si esa despedida

o pleitesía es de la terrible manera con que suele hacerla vuesa merced todas las noches, pues arrojando los libros sobre esta tela con el ímpetu con que los arroja, ocasión llegará en que el golpe sea tal, que la romperá vuesa merced, lo cual sería un dolor, pero un gran dolor, don Ramiro, pues me ha dicho el señor provisor don Cayetano Riesca, que buena pintura es esa del retrato que tanto abomina vuesa merced. ¡Ay! Cosas tenedes, el Cid, que farán fablar las piedras...

DON RAMIRO

Más tarde habré de darle unos fuertes humazos con las hojas de sus plantinos y de sus elzevires y aún habré de quemar un día de estos su retrato a pesar de su pictórico primor, pues aún no está harta mi rabia.

DOÑA MALVINA

¡Ay!, señor licenciado, dígale vuesa merced que no haga tal, que no lo haga, que ya no tenga la crueldad por deleite, pues es el retrato de su buen tío don Juan Jerónimo

López de Agurto y que si tuvo este varón malos miramientos para con doña Ana Josefa, la madre, que está en gloria, de mi señor don Ramiro, ya está juzgado de Dios nuestro Señor y Él, si es servido, lo perdonará o le dará castigo, que a nosotros no nos cumple el hacerlo.

PERO don Ramiro, sin oír los consternados lamentos de doña Malvina, tomó un pequeño libro aforrado en pergamino y lo arrojó con súbita violencia contra el retrato, y luego otro, y otro, y otro más, hasta seis de seguido, y tan rápidos caían sobre el restiramiento de la gruesa tela, que semejaba un acucioso redoble de atambor batiendo a rebato y la sañuda gravedad del enhiesto personaje, parecía que desde la gruesa sombra de su pátina en que el tiempo lo iba refugiando, tenía el mirar más sombrío y más torvo y que en él le brillaba un vasto rencor.

II

A la noche siguiente llegó muy complacido al caserón el licenciado don Diego Laynes a gustar de los primores coquinarios que sabían hacer las manos hábiles y diligentes de doña Malvina Bermúdez, y cuando llegó estaba sumido todo el caserón en hosca quietud, todo silente y en reposo dentro de sus viejas piedras herrumbradas.

El patio, al amarillento temblor del gran farol procesional que ardía en el zaguán, mostraba un extraño prestigio, parecía estar bajo el peso de siniestros augurios; las columnas que sostenían la alta galería se alza-

ban entre aquel ambiente como símbolos inquietantes de algo indescifrable; en la hondura siniestra del corredor bajo, creeríase que las estancias avanzaban sus balcones en la sombra, con un afán enigmático; en las ventanas parece que se tupía más la espesa trama de los barrotes para celarlas con mayor misterio; la escalera escondíase entre la sonora amplitud de su cubo ante un ignorado designio; la fuente estaba muda, como pendiente y en espera de algo extraño que fuese a llegar de súbito; los cipreses tendían por el piso de anchas losas, su sombra fina y larga y luego la hacían subir por el alto muro sobrecogida y temblorosa por una secreta influencia de terror... Parecía éste un caserón sobre el que se tendiera la amplitud de un hechizo y que estuviese abandonado a la superstición y a la leyenda entre un vasto silencio de estupor.

Disponíase el licenciado Laynes a subir la ancha escalera, que quedaba al fondo del patio, por haber edificado esa casa un conquistador, pues era señalado privilegio con-

cedido sólo a ellos el poner las escaleras frente por frente de los zaguanes, y ya al subir don Diego, se puso a mirar el agua de la ancha fuente de piedra y azulejos poblanos, sobre la que el farol que alumbraba el zaguán tendía un reguero multicolor de fulgores. Pero cada vez que las gotas caían del tazón, despedazaban con el súbito encarrujamiento de la linfa, aquella irisada maravilla, y apenas volvía de nuevo la luz a tender su ideal policromía sobre la transparente quietud del agua, tornaba a caer otra gota sobre la tersa superficie ya puesta en reposo, y con la repentina agitación de la onda se rompía de nuevo el encanto que sobre su serenidad hábíase prendido levemente; y después, como si el tazón se gozara con interrumpir aquella versicolor incandescencia, más abundante era el líquido rosario de gotas que desgranaba para hacer estallar con el palpitar que ponía en la fuente la gracia leve de las luces, que apenas iban brotando, tenían que alargarse trémulas en un estiramiento inverosímil y se hacían luego

mil pedazos en una perenne inquietud, en un como interminable chisporroteo de oro.

Miraba arrobado el licenciado Diego Laynes todo esto, y, además, a las gotas que iban cayendo con tan acelerado movimiento que parecían una sola y diáfana cuenta de cristal que al caer sobre la tersa superficie del agua rebotara súbita hasta llegar al pétreo borde del tazón, donde chocaba, y de allí volvía a caer para de nuevo saltar hacia arriba con ágil jovialidad.

Estaba el licenciado Laynes en un fervoroso y largo mirar, como si de allí fuere a brotar de pronto el develado enigma de su propio destino, cuando oyó la voz de don Ramiro que, en exaltado ardimiento, atravesaba fieramente por el silencio de la casa sus deshonestidades, con las que, de fijo, denostaba al retrato de su tío, pues en él estaban fincadas las asperezas de todos sus odios, y, de presto, una de las sucias palabras alargóse en un grito clamoroso, metiéndose entre un grande estruendo que levantó algo pesado que se vino abajo en un ruidoso estrépito.

Subió entonces don Diego con acelerada rapidez las escaleras, y ya en la estancia en la cual la tarde anterior había desenvuelto su larga conversación, miró que don Ramiro yacía tendido al pie del retrato con toda la cara llena de sangre que manaba abundosa de ancha herida abierta horriblemente en la lividez de la frente.

DON DIEGO

Pero, decidme, don Ramiro, ¿qué es lo que os pasa?

DON RAMIRO

Excusadme palabras, amigo don Diego, y mirad de que me traigan sin más tardanza los Santos Sacramentos, ya que aún estoy en advertencia de razón, que me siento en trance propincuo de morir y veo ya cómo a mi vera se va allegando a todo andar la señora Muerte...

DON DIEGO

Pero, contad, contad, por el amor de Dios, ¿qué fué ello? ¿Cómo os vinisteis a

dar ese tan tremendo golpe que os ha partido de modo horrible la frente, cuando ha poco os oía decir con siniestro ingenio ásperas injurias contra vuestro tío?

Ya sin palabras alzó trabajosamente don Ramiro la lentitud de su flojo brazo, para señalar el sombroso retrato de don Juan Jerónimo López de Agurto, y don Diego miró con ojos pasmados, que la mano que este sañudo personaje apoyaba sobre la mesa, empuñando fuertemente una gruesa llave simbólica, la tenía, lo mismo que este hierro, empapada toda de sangre, que chorreaba a lo largo de la verde cobertura de la mesa, hasta llegar al encrespamiento churriguera del marco por entre cuyos prolijos entalles iban los trémulos hilillos corriendo mansa y lentamente, en tanto que la hundida boca del malcarado Maestrescuela parecía que sonreía con larga delicia, con la fina delicia voluptuosa de una ya satisfecha venganza.

NOTA

EN esta narración he intercalado algunas frases de sor Juana, sacadas de sus obras, y van otras que he tomado de la *Vida* de esa gran mujer, escrita por el P. Diego Calleja, así como también de las *Vidas ejemplares, heroicas virtudes y apostólicos ministerios del V. P. Antonio Núñez de Miranda,* de que es autor el P. Juan de Oviedo. No he creído menester hacer notar esas frases subrayándolas o metiéndolas entre comillas, porque los que han estudiado la vida de sor Juana Inés de la Cruz están familiarizados con esas lecturas y, por lo tanto, no lo necesitan, pues sabrán distinguirlas en mi escrito, y para los que no las conocen, creo que es inútil marcarlas.

A. DE V. A.

ÍNDICE

Páginas.

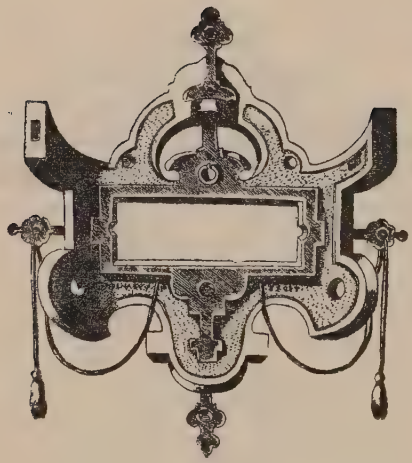
DEDICATORIA 7

DOÑA LEONOR DE CÁCERES Y ACEVEDO. . . 9

COSAS TENEDES... 111

NOTA 237

ESTE LIBRO
ACABÓ DE IMPRIMIRSE
EN LA VILLA DE MADRID EN LA
TIPOGRAFÍA ARTÍSTICA, CERVANTES, 28
A XXX DÍAS ANDADOS DEL MES
DE JULIO
Y AÑO DE
MCMXXII



DATE DUE

FEB 0 8 1999

APR 0 7 1999

GAYLORD

PRINTED IN U.S.A.

UNIVERSITY OF CA. RIVERSIDE LIBRARY

3 1210 01230 2970